

# COMO CUBRIÓ LA PRENSA SU FINAL

— 1892 —

*Le Figaro*, lunes, 4 de enero de 1892.

Fuera de París

Una dolorosa noticia:

Durante la noche del viernes al sábado, en Cannes, Guy de Maupassant, presa de un acceso de delirio, ha intentado suicidarse.

Se ha disparado en la cabeza seis veces con un revólver que había sido dejado a su alcance, pero del que su doméstico había retirado prudentemente las balas.

No habiendo conseguido matarse, Maupassant tomó una navaja y ha intentado abrirse la garganta. Se hizo un gran corte en el lado izquierdo del cuello, pero esa herida no ha sido grave y su vida no está en peligro, gracias a los cuidados que le han sido proporcionados por el doctor de Valcourt, llamado de inmediato y que procedió a suturar la llaga.

Hoy el enfermo está mucho más tranquilo.

---

*Le Gaulois*, lunes 4 de enero de 1892

TRISTE NOTICIA:

Uno de nuestros corresponsales de la costa mediterránea nos ha transmitido ayer noche, pero demasiado tarde para que pudiésemos verificarla, la dolorosa noticia que se leerá a continuación:

*Cannes, domingo, 10,30 horas de la noche.*

*Sé de fuentes más o menos fidedignas que Maupassant, en un acceso de locura, se ha disparado cinco veces con un revolver en la cabeza; su estado sería desesperado. Solo ha sido advertida la Sra. de Maupassant. Imposible obtener otros detalles. Telegrafiaré mañana.*

A pesar de la claridad de este lamentable telegrama, mantenemos todavía la firme esperanza de que, bajo la influencia de una emoción fácil de entender, nuestro corresponsal tal vez haya, involuntariamente, exagerado la situación.

No firmado

---

*Le Figaro*, martes 5 de enero de 1892

LA SALUD DE GUY DE MAUPASSANT

Nuestro corresponsal en Cannes nos envía el siguiente despacho:

La calma que Guy de Maupassant mostraba tras su tentativa de suicidio no se ha mantenido. La pasada noche, deliraba hasta tal punto que, por la mañana, fue necesario emplear la camisa de fuerza para mantenerlo en su cama.

Desde hace algún tiempo ya, su enfermedad se iba agravando, y aunque no estuviese todavía, por así decirlo, más que en estado latente, era presa, por momentos, de sobreexcitaciones inquietantes.

Agotado por un trabajo intelectual considerable, Maupassant tenía necesidad de reposo absoluto que le era intensamente recomendado. Pero se resistía. Su cabeza trabajaba de continuo y pensaba constantemente en el libro que quería terminar, pero cuya redacción era, para él, una fatiga superior a sus fuerzas y contra la que trataba en vano de reaccionar.

Fue esta preocupación constante y el temor de ver que no podía dedicarse más a un trabajo asiduo, lo que ha determinado el acceso de delirio, durante el cual ha intentado suicidarse.

Después, Maupassant se había mostrado muy tranquilo y la razón parecía haberle regresado por completo. Lamentaba intensamente ese momento de locura.

Desgraciadamente la tranquilidad no ha sido muy duradera y, como les decía comenzando, esta noche la crisis ha sido una de las más violentas. No ha surgido ninguna complicación relativa a la herida del cuello.

Probablemente su familia y amigos van a verse en la obligación de conducir al enfermo a una residencia de salud donde, al mismo tiempo estará rodeado de cuidados asiduos, se le podrá vigilar constantemente y proporcionarle el reposo que únicamente puede devolverle la salud.

A.B.

\*

---

*Le Gaulois*, martes 5 de enero de 1892

#### LA SALUD DE GUY DE MAUPASSANT

Ayer hemos publicado el despacho de uno de nuestros corresponsales en la costa mediterránea, diciendo que, muy probablemente, no había recogido más que un eco muy aumentado de lo que había ocurrido en la villa del Sr. de Maupassant.

Nuestras reservas formales están justificadas, pues he aquí el despacho complementario que nos había prometido nuestro corresponsal, y que hemos recibido ayer lunes:

Cannes, 4 de enero, a mediodía.

Les confirmo la noticia, que les he dado ayer, de la tentativa de suicidio del Sr. Guy de Maupassant. La primicia ha sido mantenida tan en secreto que el comisario general todavía desconocía esta mañana el asunto, y fui yo quién le ha dado la triste noticia.

La Sra. de Maupassant, madre del escritor, vive en Niza; incluso ella ignoraba la gravedad de la enfermedad que su hijo padecía desde hace algún tiempo; ella creía a «Guy» fatigado en exceso por un sobreesfuerzo intelectual, y pensaba que el reposo bastaría para curarle.

No fue hasta el domingo por la noche, cuando fue advertida de un cierto agravamiento de la enfermedad, y la tentativa de suicidio ocurrió el sábado.

Queriendo tener informaciones de primera mano, me dirigí a la villa de l'Isere donde vive el Sr. de Maupassant. La campanilla había sido retirada y el mayordomo se negaba a responder, diciendo en todo momento que su señor estaba muy enfermo. En consecuencia nada pude obtener.

Entonces me dirigí a Bernard, que desde hace siete años es marinero a bordo del yate del Sr. de Maupassant. He aquí su relato:

«Desgraciadamente es muy cierto, señor, que desde hace algún tiempo el Sr. de Maupassant daba señales de locura. Abusaba del éter y, últimamente, había salido

completamente desnudo al jardín de su villa, gritando y pidiendo el éter que le habían escondido. De quince años acá, las crisis eran más numerosas, y nosotros tomamos precauciones. Así, yo había hecho extraer las balas de los cartuchos que estaban en sus revólveres. Hace cuatro días, se volvió verdaderamente furioso. Se imaginaba que unos asesinos iban a venir a matarle, y daba unos aullidos que daban pena. El sábado, se oyeron disparos de revólver. El Sr. de Maupassant que acababa de descargarse sus dos revólveres en la cabeza. No estaba incluso herido; pero enseguida, buscando un arma, no encontró más que un cuchillo japonés, especie de corta papeles, que habíamos dejado sin sospechar y que, por desgracia, era muy cortante. Se produjo un gran corte en la garganta, y no consiguió más hacerse un fuerte tajo.

»Llegado a ese momento, se le desarmó y se trató de cuidarle como se podía. Pero durante la noche, tuvo una terrible crisis, y aquél que lo vigilaba nos llamó desde lo alto para mantenerlo quieto. Fue necesario atarlo y ponerle una camisa de fuerza.

»Los doctores Daramber y Valcourt a quienes llamamos enseguida, le dieron calmantes; pero nada se consiguió. No encontró ni un poco de calma y de razón excepto para pedir el éter.»

Este relato de Bernard me parece exacto en todo punto. No añadiría más que una cosa: es que, en el propio Cannes, los periódicos locales no han dado la noticia más que por los despachos de París, esta mañana.

La herida producida por el cortapapeles, fue fácilmente suturada por el doctor de Valcourt, venido apresuradamente de Menton.

No se teme pues por la herida, sino por el estado mental del enfermo. Los médicos no creen que recobre la razón.

Un estado de delirio terrible se ha declarado esta mañana. Se le ha puesto la camisa de fuerza.

W...

Recibimos, además, de nuestro corresponsal en Cannes, el siguiente despacho, en el que explica el motivo de no habernos comunicado antes lo que había sucedido:

Cannes, 4 de enero, 8,50 horas.

El estado del Sr. de Maupassant se iba agravando día a día; pero por un tático acuerdo, y para no sobreexcitar al enfermo, que, en sus momentos de lucidez, leía los periódicos, se había convenido que la prensa local guardaría el más absoluto silencio sobre su enfermedad.

Desde hace un mes, el Sr. de Maupassant tenía frecuentes momentos de ausencia: tal es que hace tres semanas, estando citado a las seis de la tarde, con un proveedor, apareció a las dos de la tarde; y como se le indicaba que no era la hora convenida, dijo:

– Vaya, si que es raro, respondió muy tranquilo, mi reloj indica las siete, y yo creía llegar con retraso.

Hoy, que unas cuantas indiscreciones han sido cometidas, puedo darles detalles que conozco pero que había creído mi deber no publicar en su día:

El mayordomo del Sr. de Maupassant, preocupado por el estado de sobreexcitación de su señor, había tomado todo tipo de precauciones, especialmente la de quitar las balas de su revólver. Lo que explica como, en un acceso de delirio, el Sr. de Maupassant ha podido, el viernes, hacia medianoche, dispararse, sin herirse, varias veces en la cabeza. Por desgracia, tenía a mano, en ese momento, una especie de cuchillo con el que consiguió hacerse por debajo de la oreja izquierda, un profundo corte, que no alcanzó milagrosamente la arteria carótida.

Mientras tanto, el mayordomo, atraído por las detonaciones, llegaba a tiempo para preservar a su señor de una nueva tentativa, y enviaba a buscar al doctor Valcourt.

Cuando éste llegó, el mayordomo, extenuado, acababa de desvanecerse, y fue con la ayuda de un marinero del Bel-Ami, como el hábil medico procedió a la cura de la herida del Sr. de Maupassant.

Aquél, cuya lucidez había vuelto, expresó todo su pesar por el acto inconsciente que acababa de cometer.

El resto de la noche fue bastante tranquila, así como la jornada del sábado. Pero, ayer, el estado mental del enfermo ha empeorado y, la pasada noche, se han tenido que tomar rigurosas medidas para preservar de su propio furor al eminente escritor.

Acerca de todos estos detalles tengo una fuente segura, pero que no puedo dar a conocer. En el chalet de l'Isère, a donde he ido a las cinco para tener noticias recientes, el mayordomo se encierra en un mutismo casi completo:

- Estado grave; pensamos partir para París.

Eso es todo lo que he podido conseguir.

Durante todo el día, la colonia extranjera ha querido conocer las novedades; he encontrado, esta tarde, a un enviado de la Sra. de Benardaki.

En el Casino de las Flores, durante la fiesta organizada en beneficio de las víctimas de la hambruna de Rusia, bajo el patronazgo de los príncipes Victor Bariatinsky, Alexandre Dolgorouky, O. Dolgorouky, François de Broglie, y de los condes Schouwaloff Monticello, Paul de Leusse y Edmond de Pourtalès, no se hablaba de otra cosa que del estado, desgraciadamente grave, del simpático escritor.

Se dice que tenía la monomanía del suicidio, y también que, hace algún tiempo, había hecho venir de París a su abogado y tomado sus disposiciones testamentarias.

A estos despachos tan explícitos, de nuestros corresponsales, añadiremos que el doctor Cazalis, hombre de grandes conocimientos y experiencia, que ha atendido al Sr. de Maupassant durante dos años, y es considerado su amigo, ha partido ayer para Cannes.

En casa de la Sra. Le Poittevin

El Sr. Le Poittevin, el pintor paisajista tan conocido, es el primo hermano del Sr. de Maupassant. Vive en el primer y segundo piso de un pequeño palacete que se ha hecho construir en el número 10 de la calle Montchanin. El Sr. de Maupassant ha ocupado durante algún tiempo la planta baja.

El Sr. Le Poittevin estaba ausente cuando nos hemos presentado en su domicilio, y la Sra. Le Poittevin nos ha recibido amablemente dándonos las siguientes explicaciones:

Estamos aterrados por las noticias que han publicado, esta mañana, *le Figaro* y *le Gaulois*. Desconocemos si se le ha trasladado a Paris, a una residencia de salud, como parece indicarlo el despacho de su corresponsal en Cannes.

«El mismo día en el que circularon los rumores de la locura de nuestro primo, mi marido escribió al Sr. de Maupassant padre, que vive en Sainte-Maxime, a dos horas de Cannes, para saber que ocurría, y el Sr. de Maupassant respondió que estaba sin noticias directas de Guy desde hacía seis meses; pero que sabía todo el daño que le hacían los periódicos hablando de su enfermedad.

¿No mantiene usted correspondencia directa con el Sr. Guy de Maupassant?

– Sí, claro, siempre hemos mantenido unas relaciones muy cordiales; mi marido le ha escrito, hace un mes, para recordarle que su arrendamiento iba a expirar. Recibió una respuesta muy amable, pero escrita nerviosamente. Más tarde, mi marido le escribió todavía para protestar contra los rumores que corrían y las palabras que se nos atribuían. No recibió respuesta.

«Eso es todo lo que puedo decir.»

SAINT-REAL

---

*Le Petit Niçois*, Niza, martes 5 de enero de 1892

INTENTO DE SUICIDIO  
DEL SR. GUY DE MAUPASSANT<sup>1</sup>

Desde hacía algún tiempo, se habían venido produciendo erróneas noticias acerca de la salud del Sr. Guy de Maupassant. Se decía que el eminente escritor, que vive en Cannes, sufriera varias crisis que habían puesto sus días en peligro. Esta noticia fue comunicada a los periódicos parisinos, pero fue desmentida casi de inmediato.

En efecto, en el mismo momento en que se anunciaba – hace de esto aproximadamente tres semanas – que el Sr. de Maupassant estaba gravemente enfermo y que había perdido la razón, supimos que el novelista se encontraba en Niza con su madre.

Pero por desgracia había demasiada verdad en todas las noticias que circulaban y que no constituían ninguna sorpresa para los íntimos del Sr. Guy de Maupassant. Nosotros sabíamos que, hace apenas algunos días, el infortunado escritor había sido presa de terribles accesos que habían mermado completamente su razón. Sabíamos también que en una de estas crisis, el Sr. Guy de Maupassant había intentado suicidarse abriéndose la garganta con una navaja. Se había podido ocultar este penoso acontecimiento a su madre y ese era el motivo de nuestro silencio. Pero habiendo sido divulgada la noticia hoy, ya no tenemos los mismos motivos para mantenerla silenciada.

Fue en la madrugada del 31 de diciembre [*sic*] cuando el autor de tantas obras encantadoras ha tratado de ejecutar su siniestro proyecto.

Encontrándose en su habitación, solo en ese momento, tomó una navaja y se cortó la garganta. Pero gracias a una rigurosa vigilancia que se estaba ejerciendo a su alrededor, un sirviente no tardó en penetrar en los aposentos de su amo.

Llamado un médico inmediatamente, se le prodigaron los primeros auxilios al herido, que por fortuna presentaba una herida poco grave.

Hoy, el estado del Sr. Guy de Maupassant es relativamente satisfactorio; la herida está cicatrizada, pero la sobreexcitación del novelista continúa siendo elevada, y en el momento que pueda soportar un viaje, el infortunado será internado en una residencia de salud.

Es inexacto, como se ha pretendido, que el Sr. Guy de Maupassant haya intentado suicidarse con un revólver, antes de servirse de una navaja. Se había tenido la precaución de no dejar ninguna arma al alcance de su mano desde que su razón se había trastornado.

Nos telegrafían desde Cannes:

Cannes, 8 h. de la tarde

La herida que se ha hecho el Sr. Guy de Maupassant no es grave. Fue necesario emplear la camisa de fuerza con el Sr. de Maupassant, que está loco y furioso y que va a ser conducido a una residencia de salud.

Cannes, 10 h. de la noche

---

<sup>1</sup> El *Petit Niçois*, Niza, martes 5 de enero de 1892

Un gran número de visitantes se han presentado durante la jornada en la casa del Sr. Guy de Maupassant, cuyo estado continúa siendo el mismo. He sabido por un amigo que el Sr. de Maupassant pensaba desde hace algún tiempo en el suicidio. En efecto, hizo venir recientemente a su abogado desde París y tomó disposiciones testamentarias. Desde hace algunos días, estaba en un estado de gran excitación, pero, gracias a las precauciones tomadas, se había podido impedir toda tentativa.

---

*Le Petit Niçois*, Niza, miércoles 6 de enero de 1892

### GUY DE MAUPASSANT<sup>2</sup>

Se ha leído con todos sus detalles el sobrecogedor relato de la enfermedad mental que acaba de sacudir y de quebrar, en temibles crisis, a Guy de Maupassant, uno de los primeros escritores de la época. Viendo ensombrecerse tantas bellas facultadas en el abismo de la locura, se experimenta un sentimiento de profunda piedad, se piensa en esos condenados del Infierno de Dante «que han perdido el bien de la inteligencia»,

Che han perduto il ben dell'intelletto.

y uno se pregunta a su pesar qué fatalidad pesa sobre éstos, qué crimen han cometido para sufrir semejante castigo.

En el momento que estamos escribiendo esto, no hay muchas esperanzas de restablecimiento. La razón se ha eclipsado, ya no vibrará más en ese cerebro paralizado, ya no brillará más en esos ojos apagados. Unos accesos furiosos de locura suceden a periodos de abatimiento y de postración. El desequilibrio es completo. La crisis final está próxima. La muerte moral parece haber llegado ya; y el nombre inscrito en el titular de este artículo aparece ya como el epitafio de una tumba. Muchas reflexiones emergen en presencia del desenlace fatal que se prevé, ante esta brusca interrupción de una obra comenzada; y uno se sorprende de que tantas ricas promesas hayan podido sumirse tan pronto en la nada, como si un terreno que se mostrase tan fecundo, se hubiese convertido de repente en árido y estéril.

No deja de sorprender que un escritor tan distinguido, uno de los maestros del arte, de tan poderosa imaginación, con una paleta tan colorida, haya contraído, joven aún, una profunda repulsión por la vida. Rico, famoso, dotado de maravillosas aptitudes para amar y para vivir, haya sucumbido a la añoranza y a la misantropía. ¿Algún germen mórbido roía secretamente ese bello fruto? ¿Cuál era?

Cuando se ve perecer en plena juventud a grandes poetas como Musset o a grandes músicos como Mozart y Donizette, comprendemos que han agotado demasiado pronto la vida; pero esta vida se puede encontrar en sus obras inmortales; esas obras rezuman amor, esperanza y fe. Ellos tenían un ideal en el arte como en la vida; y si este ideal ha podido matar al hombre, por lo menos ha hecho vivir, ha inmortalizado al artista.

Guy de Maupassant pertenecía a una escuela que había repudiado todo ideal y que por ello agotaba toda fuente de vida. Era discípulo de Flaubert, el maestro mas peligroso

---

<sup>2</sup> El *Petit Niçois*, miércoles 6 de enero de 1892.

que pueda proponerse a la juventud; de una perfección desesperante en la forma, pero de una espantosa sequedad en el fondo. No hay en su obra ni piedad, ni misericordia; nada más que la esterilidad de un constante escarnio oculto bajo el esplendor de las imágenes. Comenzando por *Madame Bovary*, cuyo desenlace tiene algo de despiadado, acaba con *Bouvard y Pécuchet*, cruel parodia de las aspiraciones humanas, auténtica blasfemia contra el espíritu.

Flaubert escribía, se dice, odiando a los imbéciles, pero engrandecía hasta el infinito el círculo de los imbéciles; logrando de este modo que ese odio se trasladase muy fácilmente hacia el género humano, el odio a la vida.

No queda admiración ni amor más que para un pequeño número de elegidos. Es lo que se ha llamado el *mandarinato* literario, donde el talento, algunas veces considerable, se alía demasiado a menudo con el orgullo y su inmediato corolario, el desprecio.

Nada más estéril que esos sentimientos. Sin amor, sin una actividad caritativa, sin la posibilidad de enternecerse por el prójimo, no hay arte verdadero. La impasibilidad voluntaria del artista seca todo, aflige y desola eso a lo que se dirige y lo envilece en lugar de elevarlo, de fortificarlo, de engrandecerlo.

En el fondo de la obra de Maupassant, a veces de un estremecedor realismo, hay una cruel desesperanza, y casi todas sus novelas dejan en el lector un regusto de amargura. Él mismo, a base de escarnio y desprecio, había alcanzado la duda más completa; no amaba nada, no creía en nada. La naturaleza se decoloraba a sus ojos y ya no había más encanto para él. Solo lo atraía la nada hasta el punto de afrontar el suicidio en el más cruel acceso de desesperación.

Nos parece ver en todo esto una terrible lección. Es una enfermedad moral y no un trastorno físico lo que se lleva a este infortunado artista. Él tiene conciencia de haber arruinado su vida, y consecuentemente haber perdido el objetivo de su arte. Tal vez haya comprendido demasiado tarde que la duda es infecunda y que solo la fe engendra grandes cosas, tanto las grandes obras como las grandes acciones.

VICTOR GARIES.

---

*Le Figaro*, miércoles, 6 de enero de 1892

FUERA DE PARIS

LA ENFERMEDAD DE MAUPASSANT

Desde ayer, Guy de Maupassant está mucho más tranquilo, o, más bien se encuentra en un estado de completa postración. El delirio reapareció, pero sin ninguna crisis violenta.

Desgraciadamente su estado mental se ha agravado al punto de que su internamiento se ha hecho necesario. En consecuencia, como su herida está en vías de curación, y si no sobreviene ninguna complicación mañana, se ha más o menos decidido que Maupassant será transportado a la estación y que partirá a las tres en el tren de lujo para París.

Estará acompañado por su fiel sirviente François, que tan bien lo ha cuidado, y por un enfermero enviado especialmente desde la residencia del doctor Blanche donde el pobre enfermo será internado.

[La máscara de hierro]?

---

*Le Gaulois*, miércoles, 6 de enero de 1892

El Sr. Ollendorff y el Sr. de Maupassant

*Le Temps* ha interrogado al Sr. Paul Ollendorff, el editor del Sr. de Maupassant:

Según las noticias que he recibido hoy desde Cannes, el Sr. Paul Ollendorff ha dicho básicamente a nuestro colega, que fue bajo el impulso de una crisis nerviosa más terrible que las demás como se ha visto impulsado a intentar ese desesperado golpe. Aquí están las dos últimas cartas que el Sr. Guy de Maupassant me ha escrito desde Cannes. La primera lleva la fecha del 25 de diciembre. En uno de los párrafos de esta carta, que no demuestra ningún trastorno intelectual, me dice: «Siempre tengo terribles dolores». Sin embargo, la segunda de sus cartas, que he recibido, anteayer y que está escrita con un estilo y una mano muy firmes, constata una ligera mejoría en su estado: «Estoy mucho mejor, me dice, pero con intolerables sufrimientos.» ¿Qué concluir de esto?

Nuestro colega todavía ha preguntado al Sr. Paul Ollendorff si no había que atribuirlo al abuso de los tóxicos ese aumento de dolores que parece agravar cada día el estado del Sr. de Maupassant:

Sin duda, le ha respondido al respecto su interlocutor, en los primeros tiempos, el uso moderado de la morfina había sido prescrito al enfermo a fin de calmar sus neuralgias agudas. Pero, desde hace bastante tiempo, había renunciado a la morfina.

En la vida donde vive solo con su doméstico, lejos de su madre que vive en este momento en Niza, el Sr. de Maupassant está atendido por un doctor de sus amigos. NO es cuestión de transportarlo además, lejos del lugar que él ha elegido al sol y que conviene en particular a su salud. Toda probabilidad apunta a que pasará allí el invierno.

Por su parte, *le Littoral de Cannes*, da, acerca de la tentativa del suicidio del Sr. de Maupassant, unos detalles que confirman los que nosotros hemos proporcionado:

El sábado, a las diez de la noche, el Sr. de Maupassant quiso dedicarse a su novela, *El Ángelus*, abandonada desde algunos días atrás como consecuencia de un poco de fatiga cerebral.

Después de un cuarto de hora de sobrehumanos esfuerzos, no pudiendo conseguirlo, haciéndose la noche profunda en su cerebro, se levantó, presa de una horrorosa sobreexcitación, dando un violento puñetazo en la mesa y pronunciando en voz alta estas palabras:

«Puesto que es así, más vale morir. ¡Vamos! ¡Aun un hombre a jubilar!»

Y, tomando una navaja de afeitar de su cuarto de baño, se hizo un corte en la garganta.

La enfermedad que padece el maestro es un comienzo de parálisis general; tiene igualmente delirios de grandeza y paranoias.

Ch. Demailly

---

*L'Intransigeant*, miércoles, 6 de enero de 1892

GUY DE MAUPASSANT



Una triste noticia nos llega desde Cannes, donde se encuentra en este momento el Sr. Guy de Maupassant.

El famoso escritor, presa de un acceso de delirio, ha intentado suicidarse el pasado sábado. Se ha disparado seis tiros de revolver que había sido dejado a su alcance, pero al que por fortuna le habían sido retiradas las balas del cargador. El Sr. Guy de Maupassant está mucho más tranquilo hoy.

Su herida no presenta ninguna gravedad.

Se ha debido emplear la camisa de fuerza. El Sr. Guy de Maupassant va a ser conducido a una residencia hospitalaria.

Esperemos que un buen tratamiento cure completamente al simpático novelista.

No firmado

\*

---

*The Evening Standard* (Londres), jueves, 7 de enero de 1892

Habiendo, los amigos del Sr. Guy de Maupassant, decidido la necesidad de su internamiento, el infortunado caballero dejó Cannes ayer para ir a París, a cargo de un enfermero y dos de sus sirvientes, con destino a la clínica privada del Dr. Blanche, sita en Passy.

---

*Le Figaro*, jueves, 7 de enero de 1892

FUERA DE PARÍS

LA SALUD DE GUY DE MAUPASSANT

Nuestro corresponsal en Cannes nos envía el siguiente despacho, con fecha de 6 de enero:

Hoy, a las tres y media, como le he teleografiado ayer, Guy de Maupassant ha tomado el tren de lujo para París. Muy tranquilo en el momento de la salida, que además se ha efectuado sin incidentes, parecía sin embargo muy abatido.

El doctor de Valcourt, que lo ha acompañado hasta el vagón, piensa que, a pesar del estado de debilidad en el que se encuentra Maupassant desde ayer, el viaje se llevará a término sin dificultad. Su cuñada, la Sra. de Hervé de Maupassant, estaba allí para despedirlo. Había venido expresamente desde Niza, donde vive con su suegra quién, muy enferma también, no ha podido venir a abrazar a su hijo. El doctor Balestre, médico de la familia en Niza, asistía igualmente a esta triste partida.

---

*Le Gaulois*, jueves, 7 de enero de 1892

ÉCOS DE PROVINCIAS

De Cannes :

Durante la última jornada en que Guy de Maupassant ha pasado aquí, su estado ha sido bastante tranquilo.

El enfermo escuchaba los sabios consejos de su abnegado doctor Sr. de Valcourt, que le ha ido a visitar varias veces. Él apenas puede hablar.

Habiendo tratado de escribir, solamente pudo trazar con mano febril algunas palabras incoherentes.

A continuación ha solicitado ir a dar un paseo por mar en su velero Bel-Ami, pero naturalmente fue disuadido de tal proyecto.

Tuvo lugar una consulta definitiva, esta mañana, a las once. Los doctores de Valcourt, Daremberg y Balestre – ese último un amigo de la familia Maupassant – han decidido que el escritor partiría esta tarde, en el tren de lujo, a las tres y trece. Lo que ha tenido lugar. El Sr. de Maupassant ha sido conducido, a las tres, al salón especial del Sr. Valette, jefe de estación. He observado sobre el andén a los doctores de Valcourt y Balestre, que charlaban con el mayordomo del enfermo, el fiel François, y Bernard, el patrón del *Bel-Ami*, del que ya ha hablado el *Gaulois*.

La viuda de Hervé de Maupassant, que vive generalmente en Niza con su suegra, enferma, está en el salón con el enfermo, que lleva todavía la camisa de fuerza. En el momento en el que el novelista sube al vagón salón nº 42, algunos viajeros, advertidos por los periódicos, intercambian comentarios entristecidos. La Sra. de Hervé de Maupassant besa con emoción a su cuñado, que se muestra afectuoso hacia ella, y el tren se lleva al enfermo, acompañado por François y un enfermero especial enviado desde Paris por el doctor Blanche. Guy de Maupassant ha adelgazado mucho, desde hace quince días; los gestos son cansados, el rostro ha adquirido una expresión de gran tristeza. Parece tranquilo, pero muy débil.

No firmado

---

*Le Petit Niçois*, Niza, jueves, 7 de enero de 1892

Según el *Figaro*, el Sr. Guy de Maupassant será internado en la residencia del Dr. Blanche tan pronto como sea posible hacerlo regresar a Paris

---

*L'Intransigeant*, jueves, 7 de enero de 1892

#### UNA LLAMA APAGADA

La tentativa de suicidio de Guy de Maupassant, ese delicado estilista que de un relato de doscientas líneas, hace una piedra preciosa, va a provocar todo tipo de comentarios, unidos a toda clase de discusiones. Se ha atribuido su demencia a un exceso de trabajo. De hecho, no trabajaba más que los demás, que usted, que yo, que todos aquellos que tienen una pluma y de ella viven. Además tenía incluso, más que la mayoría de nosotros, el derecho de no escribir más que cuando le apeteciese, puesto que gozaba de cierta fortuna personal. Lo que, en mi opinión, le descompuso el cerebro, fue su peligroso amor por la soledad y la ensoñación.

Victor Hugo, con el que he vivido más de un año íntimamente en Bruselas, durante nuestro común exilio, y que bajo su aparente solemnidad era un espíritu de una rara delicadeza y a menudo de una extraordinaria penetración, me repetía varias veces:

«Piense siempre, no sueñe jamás. No se puede contemplar impunemente durante muchas horas la nube que pasa o el agua que fluye. Hay que tener el valor de no alejarse de los hombres, aun cuando su compañía sea aburrida. La soledad prolongada y el vagabundeo de espíritu acaban arrojarnos en la demencia.»

Y era, con objeto de practicar esta gimnasia cerebral, como reunía más o menos todos los días, a siete, ocho, nueve, diez y algunas veces quince personas a su mesa, donde todos los géneros de conversación se mezclaban. Pensaba, sin duda, en su hermano Eugène, a quién había invadido la melancolía, y conducido a la tumba, como ella conducirá, quizás, a Guy de Maupassant.

Aunque no haya conocido más que superficialmente a este escritor tan encantador y sincero, he tenido en varias ocasiones la intuición de las tinieblas que debían fatalmente oscurecer su pensamiento. En una cena, estábamos enfrente uno al otro y observé que él no despegó sus labios, dejando a los invitados emitir teorías sin tomarse la molestia de refutarlas.

Esta frialdad, esta indiferencia por parte de un hombre de este calibre, eran tan insólitas para todo el mundo que nadie se atrevía a decir ni una palabra, tal era el desdén que sentía por las opiniones que se hacían entorno a él.

No lo vi regresar momentáneamente a la vida social, más que a propósito de la negativa de la Casa Hachette a autorizar la venta en las estaciones de una de sus novelas. Ya no soñaba más. Se agitaba con su idea fija, que consistía en despojar a la célebre librería del monopolio de venta de libros en las líneas del ferrocarril. Vino varias veces a buscarme a mi casa para tratar de emprender una campaña en ese sentido. Luego pasado ese ardor, volvió a caer en su encerrada existencia, que se hacía cada vez más cenobótica.

Fue, con toda seguridad, para huir más completamente del mundo, de los encuentros con los colegas y la captación de amigos, por lo que había comprado un velero en el que se instalaba solo para viajes de tres semanas y más. Su exquisito libro: *Sobre el agua*, comienza con este grito de liberación: «¡Quince días sin hablar!» Esa era toda su inspiración. No perdía ocasión de manifestar su horror por las banalidades de la vida común y usual. El planeta se le aparecía como una cárcel de la que buscaba evadirse por todos los medios. Se sentía atado, a pesar suyo a este suelo, y hacía continuos esfuerzos para romper sus cadenas.

Todos aquellos que han padecido la prisión, el exilio y esa existencia del proscrito que se traslada de ciudad en ciudad sin conocer las calles por donde pasa, ni los rostros que se encuentra, se dan cuenta del singular encanto que se experimenta encerrándose en sí mismo, o escapándose de la humanidad como un discípulo de Swedenborg.

Pero esas excursiones alejadas de la realidad, ofrecen numerosos peligros.

No se trata solamente del honor, sino también el mundo que es.

Una isla escarpada y sin orillas.

Es necesario tener el valor y la voluntad de reaccionar contra las visiones de los lugares aislados. Nosotros formamos parte de un todo a veces soñador e incluso insoportable, pero necesario. El cerebro, como el estómago, tiene necesidad de alimento. No se puede siempre tener trufas en la mesa y uno no tiene siempre bajo mano a un gran hombre a quién comunicar sus observaciones. Pero para mantener el espíritu como para alimentar el cuerpo: a falta de pan, buenas son tortas.

HENRI ROCHEFORT

---

*The Morning Advertiser* (Londres), jueves, 7 de enero de 1892

Habiendo, los amigos del Sr. Guy de Maupassant, decidido la necesidad de su internamiento, el infortunado caballero dejó Cannes ayer para ir a París, a cargo de un

enfermero y dos de sus sirvientes, con destino a la clínica privada del Dr. Blanche, sita en Passy.

---

*Le Courier du Soir*, viernes, 8 de enero de 1892

El Sr. Guy de Maupassant ha sido visitado esta tarde por el Sr. Blanche, médico alienista, cuyo diagnóstico ha sido de los más desfavorable.

El eminente escritor ha pasado el día en un estado de postración completa, que se han visto interrumpidas por intervalos de crisis de furiosa locura.

Fueron necesarios al menos 7 empleados para dedicarse a la vigilancia de su persona [...]

---

*Le Petit Niçois*, Niza, viernes, 8 de enero de 1892

### EL SR. GUY DE MAUPASSANT EN PARÍS<sup>3</sup>

El Sr. Guy de Maupassant ha llegado ayer por la mañana a París en un estado de absoluta postración: ha sido recibido en la estación por el Dr. Cazalis y por el editor Ollendorff, que lo han conducido de inmediato a la residencia del Dr. Blanche. El enfermo ha sido examinado nada más llegar por los doctores Muriot (*sic*), Balche y Groult (*sic*) que han podido constatar que la llaga del cuello estaba curándose, pero el estado mental del Sr. de Maupassant era muy grave.

El Dr. Blanche vendó la herida del cuello; durante la operación, el enfermo se durmió profundamente.

---

*L'Étendard*, viernes, 8 de enero de 1892

### EL SR. GUY DE MAUPASSANT EN LA CLÍNICA DE PASSY

Residencia del Dr. Blanche. – Instalación provisional

Tal y como lo hemos venido anunciando, fue en la residencia de salud creada en Passy, en el antiguo palacio de la princesa de Lamballe, por el doctor Emile Blanche, a donde Guy de Maupassant ha sido conducido ayer por la mañana.

Desde hace una veintena de años, el doctor Blanche ha delegado en el Dr. Meuriot la dirección de este establecimiento, y, contrariamente a una creencia bastante extendida en el público, el eminente especialista no realizó, en la casa de Passy, más que funciones de médico de consulta.

Hace tiempo que el sutil escritor de *El Horla* y de *Nuestro Corazón* contaba en la familia del doctor Blanche con buenas amistades.

También, es en calidad de amigo personal del enfermo que como médico de la residencia de salud, que el doctor Blanche se ha dirigido ayer a la tarde al número 17 de la calle Berton, donde se procedía a la instalación del Sr. Guy de Maupassant.

El novelista, aunque hubo conservada bastante lucidez de espíritu para reconocer a sus amigos en la estación, estaba en un estado de postración completa cuando algunos

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, viernes 8 de enero de 1892 (por despacho).

minutos más tarde, llegaba a Passy. No ha salido de ese estado más que para caer en una de sus violentas crisis, en el transcurso de las cuales, volviéndose súbitamente furioso, se esforzaba en destrozar todo lo que se encontraba ante sí.

Los accesos de este tipo son tan terribles en el enfermo que, para prevenir todo nuevo accidente, siete criados van a estar especialmente dedicados a su persona, con la misión de no perderle de vista en ningún momento. Severas medidas de precaución serán, además, tomadas a fin de alejar del infeliz enloquecido todo lo que en el transcurso de las comidas y otros actos de su vida podría, entre sus manos, volverse peligroso.

En definitiva, le serán prodigados los cuidados más afectuosos, tanto en función de las indicaciones del Dr. Blanche como las del médico adjunto del establecimiento, un joven doctor, natural de Ruán y pariente de Flaubert, que profesaba desde varios años ya una viva admiración y una profunda amistad por el Sr. de Maupassant. Muchos enfermos están en este momento en tratamiento en la residencia del doctor Meuriot. La casa se encontraba casi enteramente ocupada cuando la noticia de la llegada próxima del novelista fue conocida. No se ha podido reservarle el apartamento que, sin esta circunstancia, hubiese estado preparado para él.

La instalación hecha ayer es pues completamente provisional. Por desgracia, está previsto que el tratamiento del enfermo será largo, y, partiendo de eso, se ha debido pensar en acondicionarle, desde el momento en el que sea posible, una habitación más espaciosa.

---

*Le Figaro*, viernes, 8 de enero de 1892

El día a día

EL REGRESO DEL SR. GUY DE MAUPASSANT

«¿Ha visto usted a Maupassant? ¿A dónde lo han llevado? ¿Cómo está?» Las mismas preguntas estaban ayer en todos los labios. Y nada quizás apuntaba mejor esa curiosidad, salida espontáneamente del corazón de París, anunciando el regreso de Maupassant, a la inmensa popularidad de aquél a quién la Enfermedad acaba de golpear en la cabeza.

El tren que lo llevaba desde Cannes ha entrado ayer por la mañana en la estación Norte.

Únicamente dos amigos lo esperaban en el andén, el doctor Henry Cazalis y el editor Ollendorff; ambos, dolorosamente emocionados, ignoraban las medidas que iban a ser tomadas en relación al pobre herido que les era llevado.

A las diez y media, el tren se detuvo a lo largo del andén de llegada nº 4. En algunos minutos, todos los viajeros descendieron. Un único vagón quedó rodeado: aquel, cuyo compartimiento central, constituido por tres sofás-cama, estaba ocupado por el enfermo y sus dos compañeros, su mayordomo y un enfermero.

El trayecto se ha desarrollado sin incidentes y sin accidentes. Maupassant, tranquilo y fatigado, reconoció a sus dos amigos, pero era presa de una especie de delirio tranquilo que no le abandonaría hasta el término del atroz viaje.

El doctor Cazalis nos informó en ese instante de las disposiciones tomadas; acababan de serle notificadas por los compañeros de viaje de Maupassant. De acuerdo con los médicos de Cannes y de Niza, Sres. Pouzet, de Valcourt, Daremberg y Gimbert,

reunidos en consulta la víspera, la familia del ilustre enfermo ha pedido su inmediato traslado a la residencia de salud del doctor Blanche. Allí se le va a conducir enseguida, sin detenerse en el domicilio de la calle Boccador, que todavía conserva.

Y mientras se nos da la triste noticia, el enfermo es llevado y “deslizado”, fuera del vagón hasta el suelo. Camina lentamente, sostenido por el doctor Cazalis y el enfermero, venido desde Cannes con él; las piernas rígidas, entumecidas por la larga fatiga de la ruta, y silencioso.

La fisonomía ha cambiado mucho: delgado, macilento y dulcemente azorado... El pobre viajero está envuelto hasta los pies en una manta de viaje de un color oscuro, disimulando mal el vendaje que oculta la herida del cuello.

Dos coches esperan: tras un corto descanso en la oficina del subjefe de estación, los viajeros, acompañados de los Sres. Cazalis y Ollendorff, toman allí posición; y, sin otro incidente, el triste convoy se aleja hacia Passy, bajo la fría lluvia matinal.

La instalación de Maupassant en la residencia del Dr. Blanche se realiza de inmediato.

El infeliz artista está alojado en uno de los principales pabellones del jardín, donde una simple habitación ha sido puesta a su disposición.

A su llegada, se ha desvestido y acostado, y el doctor Meuriaux (sic), director del establecimiento de la calle Berton, ha procedido a la cura de la herida del cuello, que está, por fortuna, en vías de curación.

Maupassant, muy tranquilo, pero muy fatigado y constantemente delirante, ha tomado un caldo, un huevo y pan, luego ha caído en una especie de postración que hacía más o menos imposible al doctor Blanche el examen inmediato del enfermo. Se le ha dejado descansar.

No ha opuesto ninguna resistencia a los amigos que lo conducían a la calle Berton. Se le dijo que el estado de su salud obliga a su familia a hacerle cuidar completamente cerca de París, en el campo. Él consistió a todo.

¿La situación de Maupassant es desesperada?

Desde hace diez días se comenta por todas partes. Y la terrible palabra “locura” ha sido impresa ya en cientos de periódicos...

Un médico del entorno íntimo del escritor me confiesa sin embargo, en el instante en el que escribo esto, que todos se equivocan, y que Maupassant no está loco.

«Maupassant tiene dos enfermedades graves; una neurosis que el abuso de los ejercicios físicos ha desarrollado del modo más doloroso, en lugar de curarla, como falsamente él lo imaginaba; y un trastorno gástrico que literalmente lo ha acabado de destruir.

«No hay que buscar otra explicación en crisis de irritación, violencias, excentricidades, incluso en las que hemos visto desarrollarse desde hace un año.

« No puede usted suponer los sufrimientos sobrehumanos de los que el desgraciado ha sido presa. Estábamos seguros, nosotros, sus amigos, que tarde o temprano se decantaría por el suicidio. El doctor Henry Cazalis, al que usted ha visto esta mañana, podría atestiguarlo. Él le dirigía, hace ocho días, una carta muy serena, finalizando con estas palabras: «Adiós, amigo mío, no me volverá a ver.» Y en varias ocasiones, nos había expresado la resolución “de acabar”, desde el día en el que se sintiese amenazado por la enfermedad, (decía tocándose la cabeza) de estar disminuido o degradado “de aquí”.

«El drama de Cannes no es consecuencia de un acceso de locura. Ha sido premeditado, y fríamente resuelto. Se ha dicho también que Maupassant había caído en la demencia como consecuencia del abuso del éter, de la morfina y del cloral: puedo

afirmarle que, desde hace dos años al menos, había renunciado a esos odiosos remedios, y que hablaba de ellos con disgusto.

« Maupassant es un enfermo delirante. Pero no está loco. »

Tales fueron las palabras de un hombre digno de crédito, del que lamento no estar autorizado a revelar el nombre.

Si lo ocurrido debe verificar estas consoladoras declaraciones, estaré feliz de haberlas podido aportar aquí, en este momento, para conocimiento de los amigos del novelista. A menos que no sean más que la ilusión de una amistad que quiera creer lo que espera... y en ese caso aún, se comprenderá el sentimiento que nos ha impelido transcribirlas.

EMILE BERR

---

*Le Gaulois*, viernes, 8 de enero de 1892

EL ESTADO DE SR. DE MAUPASSANT  
LA OPINIÓN DEL SR. ALPHONSE DAUDET

La llegada a París

El tren de lujo llevando al Sr. de Maupassant a París ha llegado ayer por la mañana, a la estación Norte, a las diez y veinte. Se sabe que el tren, procediendo de Cannes, se detuvo en esta estación, y no en la estación de Lyon. Dos personas se encontraban en el andén de llegada: Los señores Ollendorff, el conocido editor, y el doctor Cazalis.

La llegada ha sido de una gran tristeza.

El Sr. de Maupassant ha descendido penosamente del vagón, sostenido por su fiel sirviente François. Estaba envuelto en una manta de viaje disimulando apenas la camisa de fuerza, que se le había dejado puesta durante el trayecto de Cannes a París.

Estaba tocado con un pequeño sombrero flexible; un fular blanco ocultaba la venda que llevaba en el cuello. El viaje se ha efectuado sin ningún incidente. El Sr. de Maupassant apenas ha dormido durante una hora o dos.

Concedemos la palabra a una de las personas que esperaban al infeliz escritor.

– Maupassant nos ha parecido muy cambiado. Nuestro pobre amigo está muy delgado, las mejillas hundidas, la mirada apagada, casi perdida. Sin embargo nos ha reconocido. Me he adelantado apresuradamente hacia él, y le he tendido la mano. Él la ha estrechado afectuosamente. Le he preguntado si el viaje no le había agotado demasiado:

«– Al contrario, respondió, estoy horriblemente cansado. Apenas he podido dormir.

« Hemos entrado a continuación en el despacho del jefe de la estación, y allí, Maupassant ha descansado algunos instantes. Durante ese tiempo, algunos viajeros se habían agolpado observando con curiosidad a nuestro amigo.»

Preguntamos entonces a nuestro interlocutor si Maupassant había conseguido leer algunos periódicos durante su enfermedad:

– Ninguno, nos dijo; desde hace más de un mes, Maupassant no ha dirigido sus ojos hacia ningún papel escrito.

– ¿Según usted, el Sr. de Maupassant es consciente de su estado?

– Lo creo así, lo que demostraría que no está loco en absoluto. Por lo demás, espero una curación.

«Maupassant está afectado de una negra depresión. Lo físico, por contra, está en grave estado. Sufre neuralgias intolerables y una gastritis muy aguda. No hace las digestiones. El enfermo sabe muy bien que hay necesidad de absoluto reposo; así lo ha declarado en repetidas ocasiones.

– ¿Ha hablado usted con él?

– Sí, pero poco; Maupassant estaba en un estado de gran postración que hacía difícil una entrevista prolongada. Durante el trayecto desde la estación Norte a la residencia del doctor Blanche, apenas ha pronunciado algunas palabras.

– ¿Ha ido usted en el mismo coche?

– Sí. En la estación hemos tomado un coche en el que Maupassant ha subido, ayudado por su mayordomo y el enfermero enviado por el doctor Blanche a Cannes.

– ¿Qué ha dicho el Sr. de Maupassant entrando en la residencia de salud?

– Nada. Ha entrado libremente, sin hacer el menor movimiento de repulsa. Pues, se lo repito, se da cuenta perfectamente de la gravedad de su estado, y sabe que en la clínica del doctor Blanche encontrará todos los cuidados que le son necesarios por su situación. El doctor Blanche ha recibido en persona a nuestro amigo, que ha sido conducido de inmediato a la habitación que le había sido reservada.

\*...\*

Una vez en Passy, el Sr. de Maupassant se ha mantenido en un estado de gran postración. No ha salido de ella más que para caer en violentas crisis de ira.

Esas crisis lo hacen peligroso para él y para los demás.

Para prevenir cualquier accidente, siete sirvientes van a ser dispuestos especialmente a la vigilancia de su persona, con la misión de no perderlo de vista en ningún momento.

Hace tiempo que el escritor contaba en la familia del doctor Blanche con grandes amistades. También será el doctor Blanche, tanto en calidad de amigo personal del enfermo, como médico, quién le proporcionará sus cuidados.

El médico adjunto del establecimiento es un joven doctor, natural de Ruán y pariente de Flaubert, que profesaba desde varios años ya una viva admiración y una profunda amistad por el Sr. de Maupassant. Muchos enfermos están en este momento en tratamiento en la residencia del doctor Meuriot. La casa se encontraba casi enteramente ocupada cuando la noticia de la llegada próxima del novelista fue conocida. No se ha podido reservar el apartamento que, sin esta circunstancia, hubiese estado preparado para él. La instalación llevada a cabo hoy es pues totalmente provisional.

A última hora hemos sabido que el Sr. de Maupassant ha pasado una bastante buena jornada. El enfermo está tranquilo; se encuentra en un estado de postración casi absoluto.

Con Alphonse Daudet

Ayer por la mañana, en el domicilio de Alphonse Daudet, a raíz de una conversación sin orden ni concierto, acabamos hablando de Maupassant y del desgraciado acontecimiento de estos últimos días. Y Daudet, entristecido a menudo, exclamó:

– La noticia me ha encogido el corazón. No puedo en este momento, creer que el mal es irreparable. ¡Oh, no, es un accidente pasajero y del que pronto será historia, espero. La salud, la vida volverá a ese cerebro que parecía, por desgracia, tan bien equilibrado. Mire, de inmediato, quisiera enviar unas palabras al querido enfermo, a Cannes, para darle ánimos y que no se deje invadir por la tristeza y el temor.



«Pues el deplorable suceso del que se nos ha informado, el desgraciado acto que ha cometido procede, desde mi punto de vista, del abatimiento en el que estaba sumido, del pesar que experimentaba al no poder escribir como antes, más que de un acceso de alienación mental, tal y como se ha dicho. Me hubiese gustado encontrarme a su lado para hacerle oír palabras cariñosas y consoladoras. Pues tengo por Maupassant el más vivo afecto. ¡Cuando pienso que ha almorzado y cenado con frecuencia aquí, en la intimidad, con los míos! ¡Y luego, tantos amables y encantadores recuerdos nos relacionan a uno con el otro! Piense pues! fui yo quién hizo publicar su primer trabajo en un periódico. Era el primer intento en el género del relato. *Bola de sebo*, quién lo dio a conocer y que parece ser su debut en las letras, no llegó hasta más tarde. Ninguno de nosotros, además, en esa época, no podía sospechar la deslumbrante fortuna que lo esperaba. Todavía lo veo en Croisset, en casa de Flaubert, a la izquierda, tímido, manteniéndose en una esquina y no atreviéndose a mezclarse en las conversaciones. Sin embargo Zola, Goncourt y yo lo tratábamos como uno de nosotros, porque vivía en la intimidad con Flaubert, quién lo quería como a un hijo. Era él a quién nuestro amigo enviaba a Rúan a buscarnos a la estación. También estaba encargado, recuerdo, de reservar las camas. Maupassant no nos parecía entonces más que un excelente compañero de paseo, un robusto y fornido remero para el que el río no tenía secretos. Sí, el futuro autor de Pierre y Jean no era para nosotros más que un bravo muchacho, de brazos ligeros y vigorosos, mirada segura, que manejaba el remo como nadie y con el que se podía uno aventurar lejos. De sus aptitudes literarias, ni nos las cuestionábamos.

«¡Cuán grande fue nuestra estupefacción cuando apareció Bola de Sebo! Era toda una revelación. Maupassant entraba en la literatura, armado de cabo a rabo y no teniendo nada más que aprender. Ya era un maestro. No le quedaba más que producir.

«A nivel físico, un auténtico macho. Desbordaba juventud y vida, comportándose con una especie de frenesí, que incluso preocupaba a sus amigos. Y, al respecto, se me ha dicho que la enfermedad nerviosa que padeció más tarde había sido consecuencia del abuso que hacía de sus fuerzas. No me creo nada, pues yo he sido como él, yo, el que le habla. Te tenido una juventud muy movida, llena de altercados y sorpresas, sin que mis facultades intelectuales se hayan resentido en lo más mínimo. ¡Uno es joven, caramba! La sangre burbujea en las venas entre los veinte y treinta años. Y, por poco que uno sea un apasionado de lo desconocido, se muestra atrevido y aventurero. La mayoría de los jóvenes pasan por ello y no pierden el uso de su razón.

«Se ha hablado igualmente de los estupefacientes en el caso de Maupassant. Pero voy a entrar en el juego al respecto. Nadie ha hecho más uso que yo de los venenos. Desde hace seis años, someto mi sistema nervioso a todo tipo de medicamentos. He tomado morfina, cloral, ¿qué sé yo? para mitigar los dolores que experimentaba, y eso no solo una vez, sino cien veces. Pues bien, siento el cerebro tan lúcido como en el pasado, e incluso tan lúcido que he llegado a desdoblarme: he analizado y continué analizando todas las fases de mi mal, siguiéndole el paso, tomando notas sobre la marcha, sobre los efectos de los remedios aplicados para combatirlo.

«En cuanto a mi modo de trabajar, no ha variado. He conservado mis costumbres de antaño y continué produciendo con la misma facilidad y la misma libertad. Además tenemos numerosos ejemplos de producción incesante en escritores, fecundidad que no ha llevado a ningún desorden en su sistema nervioso. Así, por no hablar de que uno de los miembros más distinguidos del cuerpo al que usted pertenece, Henry Fouquier, nos ha dado aún, como periodista, un hermoso ejemplo en apoyo de lo que adelanto. La cantidad de artículos que él ha escrito a día de hoy, es verdaderamente increíble. Y he aquí ya que hace tiempo que ese prodigioso ejercicio dura. ¿Qué se responderá a esto?

No, mire usted, un espíritu bien dotado y bien equilibrado no pide más que producir. Solo cuando el talento comienza a fallar es cuando se detiene.

Aquí, interrumpimos al ilustre escritor, para someterle a la opinión que el doctor Paul Garnier, médico jefe de la enfermería del Depósito, acaba de formular en relación al caso de Maupassant.

– El sabio alienista, le dijimos nosotros, es de la opinión que no hay más que leer *El Horla*, ese cuento fantástico de una evocación tan intensa, para descubrir el germen de la locura en el autor; pues, según él, un cerebro sano no puede describir semejantes fenómenos de alucinación más que bajo la condición de haberlos observado en otro, lo que no es el caso de Maupassant.

– No soy en absoluto de esa opinión, respondió el Sr. Alphonse Daudet, después de algunos minutos de reflexión. Un artista puede estar perfectamente sano de espíritu y evocar los fenómenos de la locura de un modo intenso y preciso. Todo reside en la ejecución de la obra, créalo. Y tratándose de *El Horla*, digo que lo que da a ese cuento una sobrecogedora extrañeza, es que existe un contraste impresionante entre el fondo y la forma. El autor ha tenido esa cualidad, verdaderamente original y admirable, de escribir ese cuento fantástico en el lenguaje sobrio, tranquilo y límpido del que se ha servido para escribir los relatos cuyo tema está tomado de la vida cotidiana. He aquí lo que da a su obra, en mi opinión, ese carácter singular que tanto ha sorprendido. Y si usted quiere convencerse que se puede estar sano de espíritu y describir unas pesadillas y alucinaciones realmente experimentadas, no tiene más que recurrir al cuadernillo que está aquí...

El Sr. Daudet retira de su mesa un cuaderno que nos tiende y cuyas páginas están repletas de una escritura fina y apretada.

Este cuaderno data de 1859, nos dice. En ese tiempo, yo escribía los sueños que tenía por la noche mientras dormía. Tan pronto despertaba, corría mi mesa, y allí, en el sopor del sueño, anotaba todas las visiones que me habían aparecido en sueños. De este modo, todas estas notas que usted ve, en este libro, son fieles transcripciones de las alucinaciones, de las pesadillas y de los sueños que tenía durante la noche. Todos, nuestros sueños de cosas fantásticas durante nuestro sueño. Solamente una vez al despertar, no volví a pensar más en ello. No se trata más que de retomar alguno de esos sueños y traducirlos bajo una forma artística- con talento, por ejemplo – para emocionar al lector y darle la sensación exacta de lo sobrenatural.

«Recorriendo ese bloc de notas, usted comprobará que mis sueños llevan unos títulos. Me surgían así. ¿Por qué? Porque en la jornada, cuando había tenido la idea de un relato, no descansaba hasta después de haberle encontrado título. Este estado de ánimo se reproducía durante la noche, mientras dormía. Puede que el mismo fenómeno se haya producido en Maupassant con respecto a *El Horla*. Un título le ha llegado quizás, en su sueño, para caracterizar su alucinación, y ese título que debía ser probablemente *Hors la vie*, no ha sido más que formulado a medias: *Horla...* en el sueño. Y Maupassant, recordándolo, lo ha conservado.

«¡Vamos! hablemos de otra cosa. Pues, mire usted, yo no puedo pensar en todo esto sin tristeza. Es como una horrible visión, una de esas pesadillas de las que acabamos de hablar. Pero tengo confianza en el futuro. No puedo creer que toda esperanza esté perdida, pues jamás inteligencia alguna pareció más lúcida ni cerebro mejor equilibrado.

\* \*

En la velada, se había extendido el rumor de que el Sr. de Maupassant había sucumbido algunas horas después de su llegada a la residencia de los doctores Blanche y Meuriot.

De inmediato nos dirigimos a Passy.

Esa noticia es falsa, nos dijo el doctor Blanche, y no me explico como se ha podido propagar. El Sr. de Maupassant ha pasado, al contrario, un día muy tranquilo.

«El doctor Meuriot y yo lo hemos instalado a su llegada, en una habitación con vistas al parque.

«El Sr. Ollendorff y el doctor Cazalis han quedado algunas horas con el enfermo, que los ha reconocido e intercambiado algunas palabras con ellos.

«En la velada, he tenido que volver a verlo. Lo he encontrado tan bien como su estado lo permite. El enfermo ha podido dormir algunos instantes.

«En cuanto a la herida del Sr. de Maupassant, el doctor Meuriot le ha hecho la cura, y está en vías de cicatrización.

SAINT-RÉAL

---

*L'Intransigeant*, viérnes, 8 de enero de 1892

### LA ENFERMEDAD DE GUY DE MAUPASSANT

Las noticias de la salud del Sr. Guy de Maupassant no son por desgracia muy satisfactorias. La herida que se ha producido anteayer está en proceso de curación, pero su estado mental se ha agravado y el internamiento en una residencia de salud resulta necesario.

El estado de sobreexcitación es siempre el mismo. En la jornada del domingo, el enfermo ha intentado abrirse la llaga, hasta el límite de provocar una hemorragia, pero felizmente se ha podido impedirselo.

\* \*

He aquí, por otra parte, algunas informaciones retrospectivas dadas acerca de la tentativa de suicidio del célebre escritor por *Le Littoral de Cannes*, cuyo jefe de redacción, el Sr. Gautier, es el propietario de la villa habitada por el enfermo:

El sábado, a las diez de la noche, el Sr. de Maupassant quiso dedicarse a su novela, *El Ángelus*. Después de un cuarto de hora de sobrehumanos esfuerzos, no pudiendo conseguirlo, haciéndose la noche profunda en su cerebro, se levantó, presa de una horrorosa sobreexcitación, dando un violento puñetazo en la mesa y pronunciando en voz alta estas palabras: «Puesto que es así, más vale morir. ¡Vamos! ¡Aun un hombre a jubilar!» Y, tomando una navaja de afeitar de su cuarto de baño, se hizo un corte en la garganta.

Al ruido del cuerpo cayendo sobre el parquet, su mayordomo, François, se precipitó, así como el patrón del velero *Bel-Ami*. El Sr. de Maupassant yacía inanimado. Se apresuraron a buscar al médico; el doctor Valcourt llegó, dando los primeros auxilios y procediendo a la sutura de la llaga mientras que la tripulación del *Bel-Ami*, mantenía a duras penas al herido que gritaba que se le dejase morir.

\* \*

---

Nuestro corresponsal en Cannes nos envía los siguientes despachos:  
Cannes, 6 de enero.

El Sr. Guy de Maupassant ha tenido una nueva crisis a consecuencia de la cual una consulta a cuatro médicos ha tenido lugar; ha sido decidido el traslado del enfermo a una residencia de salud..

Guy de Maupassant acaba de partir para París en el tren de las 3,30 horas. Está acompañado de su doméstico, François, y por un enfermero enviado especialmente desde la residencia del doctor Blanche donde el pobre enfermo será internado.

No firmado

---

\*

*Le Journal d'Alsace* (Strasbourg), viernes, 8 de enero de 1892

El Sr. Guy de Maupassant ha llegado a París esta mañana. Ha pasado una noche tranquila y se ha dormido profundamente hacia la mañana.

En la estación, los señores Paul Ollendorf, su editor, y el doctor Cazalis, lo esperaban y lo han acompañado a la residencia de salud del doctor Blanche.

El Sr. Guy de Maupassant parecía profundamente hundido. Una vez en la residencia de salud, ha sido introducido enseguida en el despacho del doctor Meuriot y Grou (sic), ha procedido ante todo al examen y cura de la herida que el Sr. Guy de Maupassant se ha hecho en el cuello. La llaga ofrece un buen aspecto y está en pleno proceso de curación.

Durante esta operación, el enfermo se ha dormido. El doctor Blanche ha procedido a continuación a un cuidadoso examen del estado general del Sr. Guy de Maupassant y lo ha auscultado minuciosamente. Este examen se ha prolongado hasta el mediodía.

Aunque no pudiendo pronunciarse definitivamente después de este primer examen, la postración en la que se encuentra el enfermo les preocupa; tal es así, que los tres médicos consideran el estado del Sr. Guy de Maupassant como muy grave.

---

*La Justice*, viernes, 8 de enero de 1892.

En la residencia de salud de Passy.

Tal y como lo hemos venido anunciando, es en la residencia de salud de Passy, creada en el antiguo palacio de la princesa de Lamballe, por el doctor Emile Blanche, a donde el Sr. Guy de Maupassant ha sido conducido ayer por la mañana.

Desde hace una veintena de años, el doctor Blanche ha delegado en el Dr. Meuriot la dirección de este establecimiento, y, contrariamente a una creencia bastante extendida en el público, el eminente especialista no realizó, en la casa de Passy, más que funciones de médico de consulta.

Hace tiempo que el sutil escritor de *El Horla* y de *Nuestro Corazón* contaba en la familia del doctor Blanche con buenas amistades.

También, es en calidad de amigo personal del enfermo que como médico de la residencia de salud, que el doctor Blanche se ha dirigido ayer a la tarde al número 17 de la calle Berton, donde se procedía a la instalación del Sr. Guy de Maupassant.

El novelista, aunque hubo conservada bastante lucidez de espíritu para reconocer a sus amigos en la estación, estaba en un estado de postración completa cuando algunos minutos más tarde, llegaba a Passy. No ha salido de ese estado más que para caer en una de sus violentas crisis, en el transcurso de las cuales, volviéndose súbitamente furioso, se esforzaba en destrozarse todo lo que se encontraba ante sí.

Los accesos de este tipo son tan terribles en el enfermo que, para prevenir todo nuevo accidente, siete criados van a estar especialmente dedicados a su persona, con la misión de no perderle de vista en ningún momento. Severas medidas de precaución serán, además, tomadas a fin de alejar del infeliz enloquecido todo lo que en el transcurso de las comidas y otros actos de su vida podría, entre sus manos, volverse peligroso.

En definitiva, le serán prodigados los cuidados más afectuosos, tanto en función de las indicaciones del Dr. Blanche como las del médico adjunto del establecimiento, un joven doctor, natural de Ruán y pariente de Flaubert, que profesaba desde varios años ya una viva admiración y una profunda amistad por el Sr. de Maupassant. Muchos enfermos están en este momento en tratamiento en la residencia del doctor Meuriot. La casa se encontraba casi enteramente ocupada cuando la noticia de la llegada próxima del novelista fue conocida. No se ha podido reservarle el apartamento que, sin esta circunstancia, hubiese estado preparado para él.

La instalación hecha ayer es pues completamente provisional. Por desgracia, está previsto que el tratamiento del enfermo será largo, y, partiendo de eso, se ha debido pensar en acondicionarle, desde el momento en el que sea posible, una habitación más espaciosa.

---

*Le Constitutionnel*, sábado, 9 de enero de 1892

EL SR.. GUY DE MAUPASSANT  
EN LA MAISON DE SANTE DE PASSY

Tal y como lo hemos venido anunciando, es en la residencia de salud de Passy, creada en el antiguo palacio de la princesa de Lamballe, por el doctor Emile Blanche, a donde el Sr. Guy de Maupassant ha sido conducido ayer por la mañana.

Desde hace una veintena de años, el doctor Blanche ha delegado en el Dr. Meuriot la dirección de este establecimiento, y, contrariamente una creencia bastante extendida en el público, el eminente especialista no realizó, en la casa de Passy, más que funciones de médico de consulta.

Hace tiempo que el sutil escritor de *El Horla* y de *Nuestro Corazón* contaba en la familia del doctor Blanche con buenas amistades.

También, es en calidad de amigo personal del enfermo que como médico de la residencia de salud, que el doctor Blanche se ha dirigido ayer a la tarde al número 17 de la calle Berton, donde se procedía a la instalación del Sr. Guy de Maupassant.

El novelista, aunque hubo conservado bastante lucidez de espíritu para reconocer a sus amigos en la estación, estaba en un estado de postración completa cuando algunos minutos más tarde, llegaba a Passy. No ha salido de ese estado más que para caer en una de sus violentas crisis, en el transcurso de las cuales, volviéndose súbitamente furioso, se esforzaba en destrozarse todo lo que se encontraba ante sí.

Los accesos de este tipo son tan terribles en el enfermo que, para prevenir todo nuevo accidente, siete criados van a estar especialmente dedicados a su persona, con la misión de no perderle de vista en ningún momento. Severas medidas de precaución serán, además, tomadas a fin de alejar del infeliz enloquecido todo lo que en el transcurso de las comidas y otros actos de su vida podría, entre sus manos, volverse peligroso.

En definitiva, le serán prodigados los cuidados más afectuosos, tanto en función de las indicaciones del Dr. Blanche como las del médico adjunto del establecimiento, un joven doctor, natural de Ruán y pariente de Flaubert, que profesaba desde varios años ya una viva admiración y una profunda amistad por el Sr. de Maupassant. Muchos enfermos están en este momento en tratamiento en la residencia del doctor Meuriot. La casa se encontraba casi enteramente ocupada cuando la noticia de la llegada próxima del novelista fue conocida. No se ha podido reservarle el apartamento que, sin esta circunstancia, hubiese estado preparado para él.

La instalación hecha ayer es pues completamente provisional. Por desgracia, está previsto que el tratamiento del enfermo será largo, y, partiendo de eso, se ha debido pensar en acondicionarle, desde el momento en el que sea posible, una habitación más espaciosa.

---

*La France*, sábado, 9 de enero de 1892

GUY DE MAUPASSANT

En la residencia del doctor Blanche. – Su herida. – Su estado mental.

El Sr. Guy de Maupassant, del que se conoce la tentativa de suicidio, ha llegado ayer a París y ha sido conducido enseguida a la residencia de salud del doctor Blanche, en la calle Berton, en París.

El director de esta casa, el doctor Meuriot, con quién nos hemos visto esto mañana, ha comenzado por decirnos:

– Lo que algunos de vuestros colegas cuentan respecto a los accesos de locura furiosa del Sr. de Maupassant es completamente inexacto. En toda la jornada de ayer, no ha tenido ningún acceso de ese tipo.

– ¿Y esta mañana?

– Esta mañana, su confusión es menos grandes. Precisamente acabo de verle; he estado toda la mañana junto a él. Ayer se negó a ingerir cualquier tipo de alimento. Por los demás, lo rechaza todos los días, y desde su tentativa de suicidio, no ha comido nada excepto dos alas de pollo.

Esta mañana, he conseguido, no sin esfuerzo, hacerle comer un caldo frío de pollo con ciruelas. En cuanto a la bebida, no quiere más que agua.

– ¿Y su herida?

– ¡Oh!, nos responde el doctor Meuriot, no ofrece ningún peligro.

La herida, que se ha hecho en el lado izquierdo del cuello, no era además muy grave; no había alcanzado ni a la vena ni a la yugular, y no había afectado más que a la superficie, habiéndosela vendado en un primer momento el doctor Valcourt.

A su llegada aquí, la llaga supuraba ligeramente; he quitado los últimos puntos de sutura y la he cubierto con una venda seca.

En cuanto al estado mental del Sr. de Maupassant, es por desgracia mucho más grave, y no puedo, de momento, decirle gran cosa al respecto.

Me veo obligado a atrincherarme hasta el momento detrás de un diagnóstico, que todavía no ha sido formulado, y que no puede serlo, del día a la mañana, a la ligera. Los fenómenos que presenta el estado del Sr. de Maupassant son tan graves y complejos que necesito varios días para estudiarlos bien.

Comprenda usted que hace falta cierto tiempo para eso; pues no puedo atormentar al enfermo que, hoy, tiene consciencia de su estado. Él sabe que está aquí y me ha

reconocido perfectamente. Pero está siempre bajo el imperio de sus ideas delirantes y está muy abatido.

–¿A fin de cuentas, insistimos nosotros, no podría a día de hoy, antes de formular un diagnóstico seguro, decir nada que tranquilice a los numerosos amigos del Sr. de Maupassant?

– Todo lo que puedo decir, responde el doctor Meuriot, es que el estado del Sr. de Maupassant, sobre el que todavía no puedo pronunciarme con conocimiento de causa, no es desesperado. Toda esperanza de salvarlo no está perdida, eso puede usted repetirlo.

Pero en cuanto a saber lo que ocurrirá y cual será la suerte del pobre enfermo, hay que esperar para estar seguro.

Es con estas palabras – tan poco consoladoras como sean – que hemos dejado al doctor Meuriot. Esperemos que la débil esperanza que él nos ha expresado se realice completamente en poco tiempo.

M. DAUMESNIL

---

*Le Gaulois*, sábado 9 de enero de 1892

A TRAVÉS DE LA PRENSA  
PERIÓDICOS DE ESTA MAÑANA  
El estado del Sr. de Maupassant

*La France* ha enviado a uno de sus reporteros a casa del doctor Blanche, para tener noticias del Sr. de Maupassant, y he aquí lo que le ha dicho el doctor Meuriot:

La herida, que se ha hecho en el lado izquierdo del cuello, no era además muy grave; no había alcanzado ni a la vena ni a la yugular, y no había afectado más que a la superficie, habiéndosela vendado en un primer momento el doctor Valcourt.

A su llegada aquí, la llaga supuraba ligeramente; he quitado los últimos puntos de sutura y la he cubierto con una venda seca.

En cuanto al estado mental del Sr. de Maupassant, es por desgracia mucho más grave, y no puedo, de momento, decirle gran cosa al respecto.

Me veo obligado a atrincherarme hasta el momento detrás de un diagnóstico, que todavía no ha sido formulado, y que no puede serlo, del día a la mañana, a la ligera. Los fenómenos que presenta el estado del Sr. de Maupassant son tan graves y complejos que necesito varios días para estudiarlos bien.

Comprenda usted que hace falta cierto tiempo para eso; pues no puedo atormentar al enfermo que, hoy, tiene consciencia de su estado. Él sabe que está aquí y me ha reconocido perfectamente. Pero está siempre bajo el imperio de sus ideas delirantes y está muy abatido.

El estado del Sr. de Maupassant, sobre el que todavía no puedo pronunciarme con conocimiento de causa, no es desesperado. Toda esperanza de salvarlo no está perdida, eso puede usted repetirlo.

Pero en cuanto a saber lo que ocurrirá y cual será la suerte del pobre enfermo, hay que esperar para estar seguro.

CH. Demailly

---

*L'Intransigeant*, sábado, 9 de enero de 1892

-  
GUY DE MAUPASSANT  
EN LA RESIDENCIA DEL DOCTOR BLANCHE

La llegada a París. – Una consulta desesperante. – La primera jornada.

El autor de *Bel-Ami* y de tantas otras obras maestras exquisitas ha llegado ayer por la mañana, a las diez y veinte, a la estación Norte. Envuelto en una manta de viaje que disimulaba mal la camisa de fuerza, un fular blanco ocultando la venda sobre la herida del cuello, un pequeño sombrero flexible en la cabeza, el infortunado novelista ha descendido del vagón, sostenido de un lado por su fiel François y, del otro, por el enfermero enviado por el doctor Blanche.

Con las mejillas hundidas, el cuerpo muy delgado, la mirada apagada, Guy de Maupassant, antaño alerta y tan fuerte, ¡no es más que la sombra de sí mismo!

Los Sres. Ollendorf y el doctor Cazalis lo esperaban en el andén de la estación. Lo trasladaron al despacho del subjefe de la estación. Se dejó llevar como un niño. Tras un momento de adormilamiento, se le hizo subir a un coche que lo llevó al número 17 de la calle Berton, a la residencia del doctor Blanche. Tuvo lugar una consulta de inmediato entre el doctor Blanche, el doctor Meuriot y el doctor Franklin, quienes examinaron ampliamente al enfermo. Su pronóstico es lamentable. Todo hace temer que el escritor, ayer todavía tan fecundo y tan brillante, no volverá a recobrar la razón. Parece inevitablemente abocado a la muerte que se ha llevado a tantos otros genios de talento, los Coedès, los Gil Pérès, los André Gill – ¡esa misma muerte que se llevó, hace algunos años, a su hermano Hervé!

Se le ha dado una habitación muy alegre, con vistas a los árboles del parque. François, el marinero de su velero, no le deja y duerme en una cama de hierro levantada a los pies de la suya.

El editor Ollendorff ha quedado con Maupassant hasta las dos y media. Aquél lo ha reconocido un instante. Tiene conciencia de estar en un hospital. Se le ha preguntado si se encontraba bien y ha respondido que sí.

Ayer por la noche, tras haber tomado algún alimento, el infortunado se ha dormido con un sueño tranquilo. Su cuñada, la Sra. de Hervé de Maupassant, irá a verle esta mañana.

Guy de Maupassant es hijo de un antiguo agente de cambio, que vive hoy retirado en Sainte-Maxime, en el Var. Su madre vive en Niza. Uno de sus primos no es otro que nuestro excelente amigo Cord'homme, el corresponsal de *l'Intransigeant* en Ruán.

Los numerosos amigos de Maupassant comparten el dolor y la desesperación de sus padres.

Se desconoce generalmente como el inmortal contador tuvo unos inicios bastante penosos. Sin fortuna personal, era un modesto auxiliar en el ministerio de la Marina cuando comienza a escribir sus cuentos que harán pasar su nombre a la posteridad. Es cierto que el éxito no tatará en legarle y, con el éxito, el dinero. Durante estos diez últimos años, Guy de Maupassant produjo un modo extraordinario. Tanto es así que, cada año, tomaba algunos días de descanso, yéndolos a pasar a una propiedad de Divonne. Ese agotamiento, junto a una enfermedad estomacal de la que padecía – y a resultas de la que había contraído el pernicioso hábito del éter y de la cafeína – quebrantaron poco a poco su razón. Se conoce la catástrofe de estos últimos días.

Guy de Maupassant trabajaba en una gran obra sobre la guerra: El Ángelus. ¡Por desgracia, no la acabará! Ningún pensamiento saldrá ya de su cerebro muerto...

Ph Dubois



---

*Le Petit Niçois*, Niza, sábado, 9 de enero de 1892

El Dr. Meuriot, médico adjunto del Dr. Blanche, estima que la locura del Sr. de Maupassant data al menos de dos años atrás; el mal germinaba lentamente y ahora se muestra en su horrorosa realidad. El Dr. Meuriot está convencido de que la curación, si es que se produce, llevará mucho tiempo

---

*Journal de Marseille*, sábado 9 de enero de 1892.

ÚLTIMA HORA

(De nuestro corresponsal particular)

Paris, 8 de enero a las 10, 20 horas.

Continúa la huelga del transporte público

Guy de Maupassant ha sido conducido a Passy, nº 17 de la calle Berton. Ha sido examinado por los Sres Blanche, el doctor Meuriot, director de la residencia, y el doctor Grout, médico adjunto.

Se me afirma que desde la pérdida de su hermano Hervé, que murió loco, el novelista era adicto al opio y se inyectaba morfina. Más tarde, para excitarse en el trabajo, absorbía éter en fuertes dosis. El abuso de estas drogas determinó en él, hace un año, la afasia. Cuando se curó, la eteromanía regresó, y los médicos le prescribieron seguir un tratamiento en Divonne.

---

*La Presse*, sábado, 9 de enero de 1892

GUY DE MAUPASSANT EN PARIS

Guy de Maupassant, del que hemos anunciado su partida de Cannes, ha llegado ayer por la mañana a la estación Norte a las diez y veinte.

Envuelto en una manta de viaje que disimulaba mal la camisa de fuerza, tocado de un pequeño sombrero flexible, el novelista descendió penosamente del vagón, sostenido por su mayordomo François y por el enfermero que lo han acompañado durante el viaje. Un fular blanco oculta el vendaje que lleva alrededor del cuello.

El Sr. Ollendorff y el doctor Cazalis, quiénes lo esperaban al descenso del vagón, han constatado con pena el cambio que se ha producido en el estado del Sr. de Maupassant.

Considerablemente delgado, las mejillas hundidas y la mirada indiferente y casi perdida, parece haber soportado con pena las fatigas del viaje.

Caminando a un paso entrecortado, se deja conducir al despacho del subjefe de la estación, donde descansa durante algunos instantes, luego sube sin resistencia al coche taxi 7250 que lo conduce al número 17 de la calle Berton, a la residencia de salud del doctor Blanche.

El Sr. Guy de Maupassant ha sido visitado ayer tarde por el Sr. Blanche, médico alienista, cuyo diagnóstico ha sido de lo más desfavorable.

El eminente escritor ha pasado todo el día en un estado de postración completa, que se ha visto interrumpida por intervalos de crisis de locura furiosa.

Al menos hay siete servidores dedicados a la vigilancia de su persona.

---

*Le Soir*, sábado, 9 de enero de 1892

Sr. Guy de Maupassant

El doctor Meuriaux (sic), director de la residencia de salud del doctor Blanche, ha hecho, a un redactor del *Rappel*, las siguientes declaraciones en relación al estado del Sr. de Maupassant:

Ya no es posible atrincherarme detrás del secreto profesional; usted conoce el estado del Sr. de Maupassant, usted sabe que está aquí; sería pueril.

Esta es mi impresión. El estado del enfermo es grave, muy grave, pero no puedo aún dar un diagnóstico seguro.

El Sr. de Maupassant es un depresivo, lo que no hay duda, su tentativa de suicidio lo demuestra de un modo irrefutable. Va usted a preguntarme si creo en la curación. Como acaba de decirle, no puedo afirmarle nada por el momento. Este tipo de enfermedad cerebral debe ser examinada en varias ocasiones. No es más que después de largos exámenes, numerosos y minuciosos, como podré diagnosticar con una certeza casi completa.

Cuando nuestro pobre enfermo ha llegado aquí, estaba en un estado de postración completa, a la que han sucedido violentas crisis, en el transcurso de las que se ha vuelto de súbito furioso: se esforzaba en destrozar todo lo que se le ponía por delante.

He interrogado a las personas que se le han aproximado desde su enfermedad. Los accesos del tipo de los que acabo de hablarle son en él tan terribles que han sido dado órdenes para que varios sirvientes de la casa estén constantemente pendientes de su persona, no debiéndole naturalmente perderle de vista ni un solo instante.

En mi opinión, su locura data al menos de dos años para acá, el mal ha germinado lentamente, y, ahora, se muestra en su terrible realidad.

No atribuiría esta locura (no súbita) a un exceso de trabajo. El Sr. de Maupassant que yo conozco desde hace tiempo, no se sumergía en el trabajo, como algunos han dicho: trabajaba a sus horas, interrumpiendo sus trabajos con los viajes por mar, paseos, etc.

Quién sabe si la fatiga no habría sido un bien, un preservativo para él, el melancólico que, sobre su velero Bel-Ami, se dejaba transportar en largas y nefastas ensoñaciones.

---

*L'Univers*, sábado, 9 de enero de 1892

Crónica.

El Sr. Guy de Maupassant ha llegado ayer por la mañana a París, para ser conducido de inmediato a la residencia de salud del doctor Blanche.

Al respecto, el reportaje, que desde el arresto de Anastay no había tenido gran cosa de librarse a sus indiscreciones favorias, ha tomado carrera de nuevo. Los periódicos mundanos sirven a sus lectores los detalles más curiosos y los más

circunstanciales sobre la enfermedad del Sr. de Maupassant y todas las fases por la que ésta ha atravesado antes de desembocar en la última actastrofe, sobre la familia del novelistas y las personas de esta familia que han podido ser igualmente golpeadas por la locura, sobre la conducta en fin, del propio Sr. de Maupassant y sobre los efectos que esta conducta ha debido producir en el cerebro del escritor, etc., etc. Entre los reporteros que llenan columnas enteras de anécdotas de esta especie o de consideraciones de ese género, no hay ni uno que no conozca el estado del Sr. de Maupassant y que no sepa que, en sus intervalos lúcidos, el infeliz quiere leer lo que los periódicos cuentan de él. Es fácil pensar cuántos todos esos detalles no únicamente son capaces de irritarlo, sino todavía pueden, en el estado en el que se encuentra, ejercer una infljencia deplorable sobre su salud y, por contra, sobre su inteligencia.

Pero he aqueí de lo que se preocupa muy poco, y esa es una relfexión que no sbría deterner una segunda vez la pluma de un reportero, hambriendo de noticias, y sobre todo de noticias inéditos y picanes.

Además, sea cual sea el juicio que pueda ser emitido sobre el Sr. de Maupassant, la piedad hoy debería primar sobre cualquier otro sentimiento. Se discutirá más tarde el uso que este escritor ha hecho de su gran talento; en este momento, uno no puede impedir sentir una impresión de tristeza a la vista de ese talento apagado de un modo tan sutil por ese terrible mal de la locura.

En una de las hojas que libran al público el más grande número de detalles, el reportero termina su artículo (si se le puede llamar artículo a todas esas habladurías, sin orden), y diciendo que la madre del Sr. de Mupassant se encuentra en este momento en Niza, y que tiene la precaución de alejar de ella todo tipo de periódicos.

¡Lo comprendemos!

---

***Le Figaro***, domingo, 10 de enero de 1892

A través de París

En relación al extraño libro de Maupassant, *le Horla*.

En sus Recuerdos literarios, el Sr. Maxime du Campo, consagrando a la locura unas páginas tristes, cita un relato, *Aurélia o el sueño de la vida*, que Gérard de Nerval escribió poco antes de su muerte. Fue, dice el eminente académico, «una especie de testamento legado a las meditaciones de los alienistas... fue la autopsia de un alma que ya no le pertenecía» Y, de esta obra rara y fuerte, el Sr. Maxime du Camp llega a los *Diálogos* de Rousseau, *Reliquae*, del doctor Ch. Lefebvre, *Mi Ley de futuro*, de Claire Desmare, una san simonianana, cuyo suicido impactó a la Sociedad de 1830.

\* \*

¡Pobre Gérard de Nerval! Cada vez que se sentía afectado por el mal que lo acosaba, iba valientemente a buscar al doctor Blanche:

– Amigo, decía, estaré loco mañana. Es precisamente el tiempo de encerrarme.

El internamiento duraba generalmente seis meses, después de lo que Gerard de Nerval declaraba con la misma ingenuidad que se le podía conceder su permiso.

¡Y cuántos otros!

---

***L'Intransigeant***, domingo, 10 de enero de 1892

GUY DE MAUPASSANT

Las noticias del infeliz Guy de Maupassant son un poco menos malas hoy. La herida del cuello está en vías de curación. La supuración es muy leve.

Después de la terrible crisis en el transcurso de la cual intenta suicidarse, no había querido tomar más que dos alas de pollo. Ayer por la mañana, el doctor Meuriot ha logrado hacerle sorber un poco de caldo frío de pollo. En cuanto a la bebida solo quiere agua.

Según el doctor Blanche, no es la locura propiamente dicha que habría afectado al célebre narrador. La afección de la que él sufre sería aquella que los médicos especialistas denominan bajo el nombre de acceso melancólico y que exige unos cuidados muy particulares.

Aunque toma raramente la palabra, sus respuestas son bastante lúcidas, pero son breves, sobre todo en lo que concierne a su régimen y su alimentación.

Además de *El Ángelus*, Maupassant también preparaba un volumen de estudios sobre Flaubert, Tourguenief, Dostoiewsky y Bouilhet...

No firmado

\*

---

*Le Littoral illustré*, suplemento ilustrado, domingo, 10 de enero de 1892

#### LA SALUD DE GUY DE MAUPASSANT

Guy de Maupassant continúa estable. La pasada noche ha dormido algunas horas. El Dr. Meuriot ha procedido, ayer por la mañana, a una nueva cura de la llaga que está casi curada.

El enfermo recibe diariamente la visita del Sr. Ollenforff, del Dr. Cazalis, del profesor Grouchet y del Sr. Alber (sic) Cahen. Su estado es muy grave, pero no desesperado.

---

*Le Petit Caporal*, domingo, 10 de enero de 1892

#### EL SR. GUY DE MAUPASSANT

#### EN LA RESIDENCIA DE SALUD DE PASSY

En la clínica del Dr. Blanche.- Instalación provisional.

Tal y como lo hemos venido anunciando, fue en la residencia de salud creada en Passy, en el antiguo palacio de la princesa de Lamballe, por el doctor Emile Blanche, a donde Guy de Maupassant ha sido conducido ayer por la mañana.

Desde hace una veintena de años, el doctor Blanche ha delegado en el Dr. Meuriot la dirección de este establecimiento, y, contrariamente una creencia bastante extendida en el público, el eminente especialista no realizó, en la casa de Passy, más que funciones de médico de consulta.

Hace tiempo que el sutil escritor de *El Horla* y de *Nuestro Corazón* contaba en la familia del doctor Blanche con buenas amistades.

También, es en calidad de amigo personal del enfermo que como médico de la residencia de salud, que el doctor Blanche se ha dirigido ayer a la tarde al número 17 de la calle Berton, donde se procedía a la instalación del Sr. Guy de Maupassant.

El novelista, aunque hubo conservada bastante lucidez de espíritu para reconocer a sus amigos en la estación, estaba en un estado de postración completa cuando algunos minutos más tarde, llegaba a Passy. No ha salido de ese estado más que para caer en una de sus violentas crisis, en el transcurso de las cuales, volviéndose súbitamente furioso, se esforzaba en destrozarse todo lo que se encontraba ante sí.

Los accesos de este tipo son tan terribles en el enfermo que, para prevenir todo nuevo accidente, siete criados van a estar especialmente dedicados a su persona, con la misión de no perderle de vista en ningún momento. Severas medidas de precaución serán, además, tomadas a fin de alejar del infeliz enloquecido todo lo que en el transcurso de las comidas y otros actos de su vida podría, entre sus manos, volverse peligroso.

En definitiva, le serán prodigados los cuidados más afectuosos, tanto en función de las indicaciones del Dr. Blanche como las del médico adjunto del establecimiento, un joven doctor, natural de Ruán y pariente de Flaubert, que profesaba desde varios años ya una viva admiración y una profunda amistad por el Sr. de Maupassant. Muchos enfermos están en este momento en tratamiento en la residencia del doctor Meuriot. La casa se encontraba casi enteramente ocupada cuando la noticia de la llegada próxima del novelista fue conocida. No se ha podido reservar el apartamento que, sin esta circunstancia, hubiese estado preparado para él.

La instalación hecha ayer es pues completamente provisional. Por desgracia, está previsto que el tratamiento del enfermo será largo, y, partiendo de eso, se ha debido pensar en acondicionarle, desde el momento en el que sea posible, una habitación más espaciosa.

---

*Le Gaulois*, lunes, 11 de enero de 1892  
PARA MAUPASSANT

Un pintor, un personaje exquisito, raro, único, original en todo y que detesta la publicidad,— después de esto tengo miedo de haberlo descrito demasiado claramente — Degas— ¡mejor nombrarlo!— decía un día con suavidad: «No estaré contento hasta que un buen hombre, y, si es posible, un artista, haya levantado la tapa de los sesos a un señor que venga de parte de un periódico a solicitarle una pequeña información...» Y de pronto, alzando la voz, precipitando la palabra: «¡Hein! ¿qué? ... Allí, de inmediato, abriendo la puerta: — ¿Quiere usted saber si tengo talento, señor?... ¡Paf!»

Me ha venido a la mente esta broma, me ha surgido melancólicamente estos días. ¡Qué asunto, oh lectores, si el infortunado Maupassant, razonable o no, antes de que una mano prudente hubiese retirado las balas de su revólver, lo hubiese dirigido contra uno de esos visitantes que ya lo acosaban para su servicio! No se trata de saber si tenía talento, ni de que tipo; se trataba de otra cosa. Uno de sus parientes había dejado «tomar una conversación», que, relacionada en un periódico, había despertado bruscamente la curiosidad pública, y esta curiosidad, en lo sucesivo, exigía su comidilla... ¡Y bien! ¿qué?...«Quiere usted saber si estoy loco, señor?... ¡Paf!»

La respuesta hubiese parecido desproporcionada; ¿hubiese sido justa?... Ese reportero, a quién Degas, inocentemente, deseaba que un buen hombre, un artista, tuviese el valor o más bien la virtud de reservar esa acogida, es a menudo un buen

muchacho, y en ocasiones un letrado. Y ese director, ordenando, obedecía por instinto, sino de otro modo, al deseo de su clientela. Aquí incluso se soporta esa ley, que se me permite maldecir; se soporta ayer, se soportará mañana. ¿Acaso todo el mundo, en el presente, no es apasionado de estos detalles morbosos, servidos calientes, desde el despacho o del taller de un escritor o un pintor, o la de su primo, tanto como de la de un ministro o la del padre de un asesino?

La pesca del reportaje es la pesca de todo el mundo.

\* \*

Debemos reconocer también que más de un escritor – dejemos los pintores a Degas – desea esas molestias o al menos las soporta sin disgusto. ¿No es una ocasión de dar publicidad a sí mismo, después de haber publicado su obra o, mejor aún, en el momento que se la publica?

Y, al publicar su obra, es cierto, como lo decía Mallarmé a Paul Hervieu, que sea rodeada de una primera «indecencia»? No cuesta demasiado a la mayoría, que no tienen ese pudor elegante. Incluso, para algunos, publicar la segunda en esas condiciones también.

¡La entrevista, es una ilustración aparte del texto, el retrato del autor impreso en veinte mil ejemplares, en ochenta mil, y distribuido en prospecto; un retrato que habla, y que hace un panegírico del original y de su mercancía!

Se tiene, por otra parte, algún escrúpulo en hablar bien de sí mismo; ¿y, por modestia o por espíritu de justicia, se tiene más pudor en alabar a sus amigos? Se puede denigrar a los demás.

No era de nuestra época, ese viejo paladín de Barbey, que, criticado en *le Figaro*, – él, Barbey d'Aurevilly, tratado de «burgués» públicamente! – rechazaba el placer de responder a Zola en el *Triboulet*: «No quiero renovar la escena de Vadius y de Trissotin en *Philaminte*, que rehace siempre más o menos un autor cuando defiende su amor propio. Nadie más que el público gana en esos espectáculos, porque se burla de los actores. Esas peleas de gallos de amores propios, siempre las he odiado y despreciado. El honor y la dignidad de los duelos, está en el silencio que los rodea. La galería no vale de nada, y ésta siempre disminuye un poco a aquellos que se baten por ella.»

\* \*

Aparte de la polémica directa, un intercambio de entrevistas satisface al humor, sino el honor, de un naturalista, de un psicólogo, o incluso de un parnasiano y de un simbolista! Bien se ha comprobado el último año.

Un duelo verdadero, felizmente, ha cerrado esta famosa Encuesta sobre la evolución literaria; y los campeones se llamaban Catulle Mendès, por el Parnaso, y Viélé Griffin, por el simbolismo. Siempre hay alguna nobleza en arriesgar la piel de su clase. Y el nombre de Viélé Griffin, en el país de la poesía nueva, ya tenía su aureola; y no es un artista mediocre, al menos, quién, casi al mismo tiempo, acabada esta epopeya diabólica, ese poema del infierno parisino, *La Mujer-Niña*, comienza a traducir, en palabras ingenuas, ese apócrifo y encantador *Evangelio de la infancia...* Tal contienda de armas, sin duda, hubiese consolado a Barbey de otros espectáculos.

¡Ah! eso no eran peleas de gallo solamente, como las que lo habían precedido, sino combates de toros mal «embolados», como decía el banderillero, al final de la fiesta. El joven observador hubiese podido decir también que se trataba a menudo de «¡las luchas del glóbulo con el virus!...» Él había trabajado hábilmente el caldo de cultivo. El prefacio de su informe lo testimonia. Escrito después, es bastante irónico, bastante ingrato hacia aquellos que lo habían recibido demasiado bien.

\* \*

Pero, él, Maupassant, no era de aquellos.

Él admiraba, le gustaban pocos escritores y pocos hombres, para admirarlos, para amarlos más intensamente, más sólidamente; Estimaba un muy pequeño número; ignoraba a los demás... En cuanto a su merito, en él, nunca lo había comentado, incluso a sus íntimos.

Nuestro entrevistador, el Sr. Jules Huret, le hizo una visita. Entre todos aquellos que visitó, fue el único, mire usted, que salió descontento, incluso antes de los prolegómenos... Y recordemos ese testimonio que data de la pasada primavera:

«El Sr. de Maupassant tiene la reputación de ser el hombre de París más difícil de contactar... Toco el timbre. Un sirviente, un criado más bien, viene a abrirme...

– El señor no está.

Escribo algunas notas sobre mi tarjeta, y soy invitado a entrar... ¡Guy de Maupassant!... Me hace sentar educadamente. Pero a las primeras palabras de literatura, consulta, etc., adquiere un aspecto desagradable, disgustado...

– ¡Oh!, señor, me dice, – sus palabras son cansinas, y su aspecto muy esplenético; – se lo ruego, ¡no me hable de literatura!... Tengo neuralgias violentas, parto pasado mañana para Niza...»

¡Desgracia !...

\* \*

Así era como acogía a las personas que iban a pedirle su opinión sobre «la evolución literaria». Él no hubiese sido menos discreto, aparentemente, sobre todo lo referente a su persona; y no me consta que haya encargado nunca a sus amigos o a sus parientes, informar sobre eso a los extraños, incluso «simpáticos».

Sin embargo experimentaba, día y noche, terribles dolores de cabeza. negándose a alejarlos mediante éter, antipirina o morfina... ¡Vaya usted a creer en los cotilleos!... Sufría valientemente, orgullosamente: quería conservar su pensamiento, al menos, perfectamente sano y puro de todo veneno, para escribir su novela nueva, *El Ángelus*, – uno de sus más bellos relatos, me ha dicho Georges de Porto-Riche, a quién, se lo había contado de principio a fin. – pero el trabajo, bajo esas torturas, se le hacía cada día más difícil.

Y he aquí que en un periódico, una buena mañana, ¡lee que está loco!... Sale, y, en la calle, en no sé que escaparate, ve pegado este cartel: Agravamiento del estado del Sr. de Maupassant. – Su próximo internamiento en una residencia de salud... Toma el tren y va a tranquilizar a su madre. Regresa a su casa; poco después, pone en orden sus papeles e indica sus últimas voluntades; escribe a un amigo: «Adiós... no me volverá a ver.»

Durante quince días, vacila; piensa en la pena de su madre, a la que adora... Y, durante esos quince días, su casa está asediada de personas, reporteros o no, que vienen en busca de información. Durante quince días, recibe los periódicos: en primera página, en la sección de últimas noticias, se discute si está loco...

Alguien le dice:

– ¡Qué importa, puesto que no es así!

Él responde simplemente:

– No lo es, pero lo será.

\* \*

¡No quiso que sucediese! Tomó su revólver; y, habiéndole fallado el revolver, tomó un cuchillo...

¡Ah!, el desgraciado!... Por respeto a sí mismo, y por pudor también, temiendo un inmediato desmoronamiento, quiso desaparecer... ¡Y fue entonces cuando emergieron sus fiebres y sus delirios!

En su puerta ya no se encuentra el timbre: se golpea. Un sirviente, – ese «criado», ¿sabe usted? – el fiel François viene a abrir; y como desconfía y habla poco, ese buen servidor, que ha practicado la vida parisina, uno se dirige a Bernard, el patrón del Bel-Ami; y, si el patrón no charla, se hará hablar al marinero.

Luego fue el viaje; a la partida, a la llegada. Se nos dice el número del vagón: 42. Se nos dice que un fular oculta la venda del cuello, pero que la manta que lo cubre no oculta completamente la camisa de fuerza... Sí, es él, Maupassant, el autor de *Bola de Sebo* y de *Una Vida*, de *Pierre y Jean* y de *Nuestro Corazón*, y de tantas otras obras maestras; sí, es él, en esta librea de bruto.

Y, ahora, incluso la residencia de salud, para él, no es más que un asilo. Uno acribilla a los médicos que lo cuidan; se solicita de ellos un diagnóstico; están indecisos para darlo. Él está deprimido, hipocondríaco: - hay razones para ello, sin duda, después de tantos sufrimientos, de tanta desesperación; – se dice que está parálítico general, maníaco, es decir furioso. Y los comentarios, las consultas de los médicos del exterior y de los aficionados. Aquellos buscan los síntomas de su locura en sus libros, y estos, escrutando a su familia, en busca de las causas. ¡Caramba! su hermano murió loco; sus dos enfermedades no ofrecen ninguna semejanza, ¡no importa!... Y su padre está vivo, hasta tal punto que ha firmado, el otro día, la petición de internamiento; no importa, se cuenta que murió loco.

Finalmente su régimen, su tratamiento, sus cambios de humor, hay que publicarlos; de hora en hora, se da curso a su locura, como la información bursátil.

\* \*

¡Y bien! ¡Basta!

La verdad, es que de ordinario está tranquilo, y que, de vez en cuando, como si tuviese el tifus, delira. En algunos días tal vez, pida los periódicos: ¿será bueno negárselos? ¿Estará bien que encuentre en cada página una descripción más o menos exacta, una crítica de su estado, sin tener en cuenta los pronósticos?... ¡Ah! por piedad, ¡demos tregua a este cúmulo de de razonamientos y noticias!

¡Y, si no es por él, que sea por nosotros!... Sea cual sea la enfermedad de Maupassant, sean cuales sean los orígenes, sea cual sea el futuro, es una desgracia nacional, ¿qué digo? una desgracia para las letras universales. Tengamos respeto. ¡Y no miremos más el lado escabroso!...

Nosotros, al menos, sus colegas, no llamaremos más a esa puerta, antes de que él franquee el umbral, con los pies por delante y la cabeza bien alta, muerto o victorioso.

Louis Ganderax

---

*L'Intransigeant*, martes, 12 de enero de 1892  
CRÓNICA

## EL MANICOMIO

Hay algo lamentable en el modo en el que se procede con el pobre Guy de Maupassant. El célebre novelista está enfermo, hay que esforzarse en curarlo: he aquí que esta claro y en eso no nos contradiremos. Pero, en lugar de internar a ese infeliz en una residencia especial, en lugar de tratarlo como un alienado peligroso, en lugar de ponerle la camisa de fuerza, ¿no se podrían intentar otros medios?



Hubiese sido posible, estamos persuadidos de ello, de mantenerlo algún tiempo aún en su villa de Cannes, donde todos los objetos le eran familiares, dónde, si hubiese tenido el menor destello de lucidez, no habría experimentado el horrible sentimiento de saberse en un manicomio.

Pues no hay que creer en la palabra de los médicos. Los alienistas tienen la detestable manía de enclaustrara los infortunados que, una familia demasiado apresurada en sus decisiones, confía a sus iluminados cuidados, y todavía tienen la no menos detestable manía de formular diagnósticos de un rigor implacable.

Presente a quién sea ante un alienista, éste nunca dirá:

– Este hombre no está enfermo.

Pero la cuestión no es esa. Los médicos alienistas son los que ellos creen deber ser, y aún poniéndoselo hermoso durante cien años y por escrito, eso no cambiaría su modo de practicar.

Es la ley sobre los alienados que es tan peligrosa, espantosamente peligrosa. Decir que basta la firma de un miembro de la familia y la de un médico – que, si no está loco, es casi siempre idiota– para encerrar en el más negro de los calabozos, a un individuo no teniendo el menor trastorno en los sesos, es increíble.

Admitir que el autor del Rosal de la Sra. Husson y de todas esas obras que respiran una robustez, un vigor, una salud tan perfectas, no esté actualmente más que bajo la influencia de una intoxicación de ejercicios cerebrales y que no tenga en él una alienación mental propiamente dicha, es evidente que el hecho de encontrarse en una casa de locos puede tener sobre su debilitada cabeza las consecuencias más tristes, las más terribles.

Es ahí, en ese momento, atado a su cama, no pudiendo hacer ningún movimiento, obligado a obedecer a unos enfermeros que no conoce. ¿No es horrible y, repito, no hubiese mejor valido que los médicos no molestasen y que el maestro estilista fuese servido, en su casa, por su sirviente de siempre?

Desde luego, no yo he de juzgar los actos del Sr. de Maupassant padre, pero éste no habría debido actuar tan rápidamente como ha hecho, pues, si se cree lo que se dice, las relaciones que existían entre él y su hijo no eran precisamente buenas, y varios comentarios, que no he de revelar, se han producido.

Enfermo, borracho de opio, de haschis y de éter, nuestro gran colega lo está incuestionablemente. De hecho, él mismo decía, en relación con Pierre y Jean, ese magnífico estudio de psicología, ese maravilloso cuadro de los celos, una frase que el Sr. Maurice de Fleury nos refería, ayer, en le Figaro:

«Ese libro que usted encuentra tan certero y que, yo lo creo también, da la nota precisa, pues no he escrito una línea sin embriagarme con el éter, he encontrado en esta droga una lucidez superior...

¿Pero para impedir que Guy de Maupassant bebiese el éter o fumase opio, era absolutamente necesario encerrarlo en casa del doctor Tres Estrellas a quién eso ha hecho mucha publicidad?

¿El bienestar que el escritor sentirá con su sobriedad, no será irremediamente destruido por el terror que arroja en su cerebro el pensamiento de ser un pensionista del célebre médico de las enfermedades mentales?

Tal vez fuese bueno reflexionar en la situación de la familia Maupassant que, a excepción del Sr. Le Poittevin, se me ha dicho, que parece no encontrar espantoso el internamiento de aquel que la ha hecho célebre.

Todo el mundo no es como ese infeliz de Gérard de Nerval, el cuál iba a buscar, con una perfecta regularidad, un director de residencia diciéndole:

– ¡Enciérreme, siento que, mañana, estaré demente!

Y que, al cabo de seis meses de cuidados intensos, retomaba tranquilamente:

– Ya puede usted liberarme, pues estoy curado de momento.

El manicomio ejerce, sobre los enfermos, una influencia perniciosa, es imposible negarlo, y, en muchos casos, numerosas personas que estarían curadas, no recuperarán nunca la razón.

Cuando se han empleado todos los medios, cuando en su caso, se ha hecho todo lo posible para aliviar al enfermo y no se ha obtenido ningún resultado, es admisible que, de numerosas consultas??? (ilegible) visto, usted se decida a hacerle encerrar. Pero a la primera manifestación, al primer gesto, desembarazarse del paciente, es observar la ley con una precipitación lamentable.

André Vervoort

\*

---

*Le Petit Niçois*, Niza, miércoles, 13 de enero de 1892

Mejores noticias... La herida está casi completamente curada y el enfermo consiente en tomar alimentos en cantidad suficiente

---

*Le Littoral illustré*, suplemento ilustrado, domingo, 17 de enero de 1892

NUESTROS GRABADOS

GUY DE MAUPASSANT

Las letras francesas están de duelo. El Sr. Guy de Maupassant, cuya notoriedad era tan grande acaba de ser golpeado por alienación mental. El célebre escritor del que ofrecemos el retrato, estaba en Cannes, en su villa de l'Isère, cuando, en un acceso de delirio, se disparó seis veces su revólver en la cabeza.

Felizmente su sirviente había retirado las balas de la rueda del cargador. Viendo que no había conseguido matarse, Guy de Maupassant se apodera de una navaja de afeitar, y se hizo en el cuello una larga herida.

Sus criados, (que casi todos son los marineros del Bel-Ami, el velero del señor) acudieron y lo desarmaron. Un médico pudo curar la llaga, pero la excitación del enfermo era tal que se debieron resignar a su internamiento, provisional, esperemos, en la residencia del doctor Blanche, en París.

El pasado miércoles, el pobre enfermo tomó e tren para París, en compañía de amigos íntimos que lo condujeron a la residencia de salud. Examinado por el célebre alienista, éste observó una gran excitación que creyó pasajera. El escritor ya está mucho más tranquilo, y toma todos los alimentos que se le llevan.

Vamos a aprovecharnos de esta noticia actual para trazar a grandes rasgos la carrera ya tan fecunda del gran novelista.

Henry René Albert Guy de Maupassant nació en el castillo de Miromesnil (Sena Inferior) el 5 de agosto de 1850.

Tras unos provechosos estudios, entra como empleado en el ministerio de Obras públicas, pero, a los treinta años, sintiendo una auténtica vocación por las letras, dejó la burocracia, y llamó la atención por la publicación de las *Veladas de Médan*, un volumen escrito en colaboración con Emile Zola del que es discípulo.

Un poco más tarde, publicó un volumen de poesías, luego la Casa Tellier, que realza sus cualidades de gran estilista. Hace un año, el teatro del Gymnase obtuvo un gran éxito con una pieza adaptada de una de sus novelas, titulada Musotte.

Producía sin interrupción dos novelas al año, sin contar un gran número de relatos.

Entre éstos, el Horla, historia fantástica, provocó un gran alboroto en el mundo literario.

Guy de Maupassant era amado por el gran público, admirado por todos los artistas, unánimes en reconocer en él al maestro del relato, y uno de nuestros mejores escritores.

Esperemos además, que el genial novelista nos encantará todavía mucho tiempo con sus obras nuevas, pues la enfermedad que lo ha golpeado no puede ser, y muy alto lo decimos, más que pasajera.

Hay que reflexionar en ese pronto y probable restablecimiento, y no imitar a algunos colegas, que sea por celos o por ligereza, han condenado a Maupassant como incurable. La sola lectura de estos ataques, podría volverle a arrebatarse la razón, cuando vuelva entre nosotros, sano, y dispuesto a darnos nuevas pruebas de su gran talento.

No firmado

---

— 1893 —

*Le Journal, Quotidien, littéraire, artistique et politique*, lunes, 6 de febrero de 1893

#### LA SALUD DE GUY DE MAUPASSANT

Uno de nuestros colegas anunciaba ayer que el estado de Guy de Maupassant era desesperado: «Los días del encantador escritor, decía, están ahora contados. A tal grado llega la parálisis general.»

Hemos ido por la tarde a rendir visita al doctor Meuriau (sic) el distinguido médico, director de la residencia de salud del doctor Blanche, en donde Maupassant está, como se sabe, en tratamiento.

— ¿El estado de salud de Maupassant es tal como lo ha indicado un periódico de la mañana?

— No, eso es absolutamente falso, desmíntalo.

He visto el rumor del que usted me habla. Puedo afirmarle que la buena fe de su colega ha sido sorprendida; el estado del célebre escritor es el mismo que era hace seis meses.

— ¿Podría usted darme algunos detalles sobre el tipo de vida? ¿Piensa que se llegará a restablecer?

— Perdóneme usted, querido señor, pero no le diré nada, nada de nada.

He tomado esa decisión después de cierta entrevista que usted conoce bien, cuando Maupassant entró aquí, debe usted recordarla. El periodista o más bien uno de los periodistas a lo que ví, me había hecho hablar de tal modo, que mi conversación fue absolutamente tergiversada; ahora, desconfío y no digo nada más. Sin rencor, ¿de acuerdo?

— ¡Por supuesto, doctor! hasta luego.

P.H:

\*

---

*La Croix*, sábado, 8 de julio de 1893  
GUY DE MAUPASSANT

Uno de los maestros de la literatura malsana, el infortunado Guy de Maupassant, se ha apagado ayer, después de un año de locura, sin haber vuelto a tener ni una hora de lucidez, sin poder arrepentirse, no tenía más que 43 años.

Comenzó sus estudios en el pequeño seminario de Yvetot (él era de Fécamp). Se le vio más tarde dar el salto de esa santa casa al Instituto de Ruán.

Empleado en el ministerio, uso los ratos de ocio que da esta carrera para escribir relatos cortos, e ingresó en la escuela naturalista de Zola.

Cuando Zola hizo una especie de concurso de los alumnos de su indecente escuela, fue Guy de Maupassant quién obtuvo el primer premio del público por *Bola de sebo*, de donde proviene su gloria.

Escribió muchas novelas, ganó mucho dinero, fue la perdición de muchas almas. Viajaba en un velero, para tener tiempo de escribir sin temor de ser visitado en el agua, y eso es un pequeño rasgo de genio; en fin, a los 42 años, se volvió loco.

no firmado.

---

Dos artículos biográficos posteriores a su muerte

— 1925 —

*Le Mercure de France*, 1 de julio de 1925, t. VII, n°649, p.278.

**El monumento de Guy de Maupassant en el castillo de Miromesnil.**- Al mismo tiempo que dabamos en el *Mercure* del 1 de enero de 1925 una descripción del monumento que será erigido en el castillo de Miromesnil, anunciamos que la inauguración estaba fijada el 19 de julio próximo.

Esta fiesta es trasladada al domingo 6 de septiembre. El programa definitivo será comunicado próximamente. Desde ahora, se sabe que un banquete organizado en Dieppe, en la sala del Casino, rematará esa jornada.

L.[éon] D.[effoux]

— 1926 —

*Le Journal, Quotidien, littéraire, artistique et politique*, viernes, 21 de mayo de 1926.

ECOS

**¿Ha matado Maupassant?**

En «Los Atormentados», el Dr. Raymond Meunier cuenta el siguiente hecho:

«Algunos enfermos comportan en su evolución accesos de impulsividad que pueden ser mortales; ese es el caso de Guy de Maupassant matando de un golpe de bola de billar al enfermo que jugaba con él en la residencia de salud donde estaba atendido.»

Es la primera vez que se trata este dramático incidente. Y, sin embargo, la enfermedad mental de Maupassant ha sido objeto de numerosos estudios. ¿Por qué, se

pregunta el Sr. Paul Mathiex en «la Crónica Médica», no abrir una investigación al respecto? Treinta años después de la muerte de Maupassant, no hay ningún inconveniente en precisar en que circunstancias el escritor, bajo el dominio de la demencia, se habría convertido en asesino.

---

*Le Journal, Quotidien, littéraire, artistique et politique*, junio de 1926

El Sr. Paul Mathiex ha preguntado si no habría lugar a abrir una investigación sobre la leyenda que quiere que Guy de Maupassant haya matado o herido a uno de los pensionistas que estaba con él en la Residencia del doctor Blanche.

El Sr. Georges Normandy nos hace saber que creyendo estar completamente al corriente de la cuestión Maupassant y poseyendo numerosos e inéditos documentos, absolutamente nada, ni testimonio serio, ni documento auténtico, permite dar el menor crédito a esa historia.

Artículo no firmado.

Traducción de José Manuel Ramos González para  
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>.

Textos originales en francés obtenidos de la revista virtual [Maupassantiana](#) de la profesora Noëlle Benhamou y del libro de Albert Lumbroso: Souvenir sur Maupassant